



*E*ncuentros

FABIOLA SOLÍS DE KING

Encuentros



ENCUENTROS

Fabiola Solís de King

1a. edición Ediciones Abya-Yala
Av. 12 de octubre 14-30 y Wilson
Casilla 17-12-719
Telef: 2506-251 / 2506-247
Fax: (593 2) 2506-255 / 2506-267
e-mail: editorial@abyayala.org
[http://: www.abyayala.org](http://www.abyayala.org)

Diseño y
Diagramación: Ediciones ABYA - YALA

ISBN: 9978-22-478-5

Impresión: Producciones Digitales Abya - Yala
Quito - Ecuador

Impreso en Quito Ecuador, noviembre 2004

*I*ndice

Prólogo Dra. Susana Cordero de Espinosa	7
Encuentro con Benjamín Carrión	13
Encuentro con Manuela Sáenz	31
Encuentro con mi profesor Humberto Vacas Gómez	39
Encuentro con Alicia Yáñez Cossío	43
Encuentro con Gustavo Alfredo Jácome	51
Encuentro con Luis Miguel Campos	57
Encuentro con el hiperrealismo existencial de Mauricio Salgado Vejarano	69
Encuentro con Sara Sánchez, el Itchimbía y una niña llamada Eliana	79
Encuentro con Carlos de la Torre Flor	89
Encuentro con Quinara, príncipe de los Sarahumas	95

*P*rólogo

El destino entreteje, inevitable, lecturas, vidas, sueños.

La palabra bella es un refugio al que acudir, de manera evidente o en secreto en busca de consuelo, de piedad, de alegría.

Fabiola Solís ha reunido en este libro corto y denso, diversas formas de encuentro. Encuentros con el arte de la palabra y la pintura, en el calor de la comunicación que ellas procuran.

En nuestro universo quiteño muchos sabemos que Fabiola ha pasado su vida sumida en las palabras. Ella ha desarrollado, desde su profesión, el arte de escuchar, difícil, comprometido, frecuentemente, abrumador. Fabiola escucha para interpretar lo que en los demás es silencio, mentira, desazón; y, mas a menudo de lo que imaginamos, locura. Pero su escucha no es silenciosa: abierta a la expresión, nos la ha devuelto en cuentos escritos con maestría, mas, sigilosamente, exigente con el arte de la palabra, confiesa ser "una sicóloga que escribe, alguna vez, un cuento". Sin embargo, sus encuentros, que lo son con lo esencial del ser humano en la palabra, destilan la alegría y el respeto del descubrimiento. No escucha con el prejuicio del científico adueñado de principios y exactitudes que huyen del calor de la vida. Escucha con todos sus sentidos: al entrar en la casa de Benjamín Carrión siente el llamado de los objetos que le pertenecieron: cuadros, libros, cartas, recuerdos..."un bastón, un saco a cuadros, una boina, un libro abierto, descansan de un camino largo". A partir de estos objetos, y de la lectura amorosa, abierta, de los libros de Carrión, reconstruye los gestos de una vida.

Asimismo, urde un encuentro póstumo con Manuela Sáenz. No como un pretexto, sino como la confirmación de lo que soñó toda su vida, en la Libertadora encuentra ese ámbito de libertad a que toda mujer aspira desde el principio de sus sueños y que tan pocas somos capaces de exigir de la vida, en la acción, en la creación. en la búsqueda. La comodidad exige resignación, parece decirnos Fabiola, para rebelarse contra esta condición a que se ha condenado a la mujer, y la personalidad de la apasionada amante de Bolívar, de la libertad de su pueblo y de si misma, exacerbaban en la escritora el sentido de su propia realización personal... Cada encuentro nos regala, además de la palabra y los sueños de sus interlocutores, el ser mismo de Fabiola, las silenciadas peripecias de su vida, su fidelidad a los recuerdos, su optimismo sano, su ansia de ser ella misma.

Es imposible, es cierto, resumir en pocas paginas un encuentro humano. Fabiola lo logra porque intuye en cada lectura, aquello que es, en el autor, esencial. Conmueve, por ejemplo, la personalidad de Humberto Vacas Gómez, vista desde la óptica de su ex alumna que supo valorar las enseñanzas del hombre bueno que tantos conocimos y extrañamos y darles vida en su quehacer. Su encuentro con Alicia Yáñez es un divagar hondo por cada uno de sus libros. Retrata a Alicia misma desde sus heroínas, en el admirable esfuerzo que supone la escritura constante, el no traicionar esa palabra que nos urge.

En el encuentro con Gustavo Alfredo Jácome, se acerca a la rebelión indígena de Andrés Tupatauchi, al enigma tan bien narrado por el maestro ecuatoriano, de la personalidad indígena que, a la vez, se acepta y se rechaza a si misma; se ausculta y desespera de poder ser, algún día un ser humano pleno en una sociedad que se empeña en no reconocerlo. Analiza esa bella novela actualísima que es *Por que se fueron las garzas*, con sutileza, con simpatía y con el vigor de su intuición. En ninguna de sus narraciones, Fabiola es tan sicóloga como en la de su encuentro con Luis Miguel Campos. La conmueven sus reflexiones juveniles, el ser de sus personajes cuya inocencia va perdiéndose en la rigidez de aulas oscuras, entre personalidades autoritarias e inhumanas.

Ella ve en los personajes de Campos, la evolución psicológica del ser vivo de Luis Miguel. Se dirige a él para preservarlo, para preservar su propia inocencia. Y, al hacerlo nos muestra ese ámbito de infancia que nos defiende en los más crueles avatares del existir cotidiano.

Fabiola es, además, viajera. Viajera de ojos abiertos y dispuesta a tomarlo todo, a devolverlo todo: regalos de la vida que han de convertirse en regalo para los demás.

No conozco la obra de Salgado Vejarano, pero la autora de *Encuentros* aúna su lectura a los diversos momentos de sus viajes por remotos ámbitos: las arenas de Uzbekistán y el cielo de Quito en sus recuerdos; la ruta de la seda, la "opulencia de las Mil y una noches", la plaza de Registán, en el corazón de Samarkanda; el Islam, los árabes rostros misteriosos; Bakú, capital de Azerbaidzhan, Y más tarde "las noches plateadas de Leningrado abiertas al resplandeciente homenaje del sol de la medianoche veraniega"... Cada una de sus pasos por estos mundos distintos, se aúna a los versos del poema de Salgado, y Fabiola "testigo comprometida", registra las contradicciones del mundo y de los sueños de los hombres.

Viajera, escritora también, que es viajar doblemente sobre la Tierra y al interior de los seres humanos a través de sus libros, nos entrega estos *Encuentros*, entre los cuales es minucioso y rico el que ella resume de los libros singulares, espaciosos y distintos de Carlos de la Torre Flor.

Su lectura es diálogo con situaciones y personajes Y se vuelca en este libro hacia cada lector, para informarnos de la pasión fundamental de Carlos de la Torre: el rescate de nuestra identidad, que es rescate de la suya propia en cuanto identidad individual, y de cada uno, en cuanto formamos con el parte de esta sociedad que amamos Y con la cual, ineludiblemente sufrimos también.

Así, De la Torre, escritor intimista en sus novelas y otras indagaciones, se vuelca hacia el hombre universal en sus textos filosóficos y científicos, vuelve hacia atrás en el tiempo al encuentro de sus raíces, y en sus ensayos, notables y por distintos y profundos, se ocupa del ser

del hombre, del sentido de la vida humana sobre la tierra, y cumple con lo que Ortega y Gasset quería del ensayo: que fuerce un trabajo de ideas, situado entre la ciencia y la literatura.

De la Torre, según Fabiola, se asusta de la condición humana, ambivalente entre la inteligencia y la bondad y la capacidad de destruir y odiar. El horror del imperialismo, que nunca acabamos de reconocer con lucidez suficiente, es visto también por él. La negatividad del dinero, su mentira, el sacrificio de lo mejor del ser humano que la ambición crematística suele representar. Aboga por la integración del hombre, de los países y sueños latinoamericanos en contra de cuanto nos aliena, e implora en toda su obra por reivindicar nuestra vocación de pueblos de cultura humanista, que desde tanta experiencia torturada, hemos de aprender a decir no. Los cuentos, las novelas, las preocupaciones de De la Torre se deslizan por la mirada sobria y profunda de Fabiola. Solo el humanismo será capaz de poner al hombre latinoamericano en el mejor camino. Y el verdadero humanismo empieza en el retorno a las raíces, búsqueda que De la Torre ha hecho y sigue haciendo con fina percepción, decantando recuerdos, dando voz a los abuelos en textos vivos, que buscan la exactitud de la ciencia y, sin embargo, no se hallan exentos de melancolía. Curioso, totalizador, el carácter de las obras de Carlos de la Torre, en cuyo quehacer brillan por igual el científico y el investigador, el narrador y sus incertidumbres.

Su último encuentro ocurre en el Itchimbia de su infancia, en la casa de la pintora Sara Sánchez. Los cuadros ingenuos, de estética impecable y delicada, la retrotraen con exactitud casi geométrica, a su propia infancia.

Al inquieto bienestar de su niñez cuidadosa y de una amiga imaginaria, Eliana, cuyo retrato ve en cada pincelada. .

Fabiola termina sus encuentros y nosotros el nuestro con ella y con sus personajes amigos que retrata a través de sus palabras, con un lenguaje claro y denso a la vez; sugerente y vagamente nostálgico.

Los encuentros, me digo, ocurren cada instante, Llegar a los libros de Carrión, de Yáñez, de Jácome, de Campos, de Carlos De la To-

rre Flor; a las personalidades de Manuela Sáenz, de Salgado, de Sánchez; evocar la bondadosa sabiduría de Vacas Gómez, fue para Fabiola una forma de ponerse al abrigo de la desgracia humana, de volver, por gracia de la palabra y del recuerdo, al íntimo refugio de la infancia, donde la palabra está para salvarnos de todo desastre.

Dra. Susana Cordero de Espinosa

ncuentro con

Benjamín Carrión

Este momento es, para mí, la culminación, el clímax de un enorme miedo. Mejor dicho, de miedo y fascinación, con los cuales he debido hacer causa común para no sentirme aniquilada. Simplemente hice un pacto con mi miedo, robustecí la fascinación, transformé el todo en osadía y sobreviví. Y aquí estoy hablando sobre un encuentro con Benjamín Carrión. ¿Por qué ese miedo? Hace algunos meses mis flamantes amigos del Grupo América me propusieron una charla (como un bautizo de fuego, diría yo), sobre esa luminaria que fue y es Benjamín Carrión en la vida ecuatoriana. No vacilé en aceptar la proposición. Más bien dicho no reflexioné sobre ella ni en sus implicaciones. Creo que sobre mí actuaron una admiración y una curiosidad de antigua data. Había leído a Benjamín Carrión, ¿quién no? Lo había visto desde lejos y desde siempre y en cada ocasión yo hacía un nuevo descubrimiento. No tuve la oportunidad de ser su amiga, ni siquiera una conocida. Fui amiga de sus libros con los cuales entablé acaloradas discusiones. Fui amiga de algunos de sus amigos en cuyas palabras trataba de sondear el personaje. Conocí a sus seres íntimos y traté de sentir al hombre palpitante, lleno de vida aun después del inmenso final. Y es a través de ellos: los libros, los amigos, los seres íntimos, que me encontré así de pronto frente a Benjamín Carrión y ahora hablando sobre él en esta su Casa de la Cultura, hija resultante de su compromiso, más bien de su enlace apasionado con la Patria y la Cultura. El mismo se siente como un fecundador de una matriz en gestación cuando nos dice, con un no disimulado desengaño, en su Nuevo Relato Ecuatoriano:

“Este oficio heroico de la literatura de ficción, novela y relato con la característica indeclinable y constante de ser una acerba expresión de disconformidad con el ambiente, necesita en países de poca fuerza editorial, un apoyo, un estimulante, un camino de posibilidades. Es por ello que concebí y fundé, con la benévola comprensión de gobernantes cultos, la Casa de la Cultura Ecuatoriana” y continúa: “La Casa de la Cultura Ecuatoriana debió ser una proyección hacia el futuro y un estímulo al presente antes que una conservación del pasado por ilustre que éste fuere; obra es esa de las Academias de la Lengua y de la Historia. La Casa de la Cultura Ecuatoriana, concepción surgida del ambiente de estas pequeñas naciones nuestras, quería ser el hogar estimulante, el apoyo efectivo de las vocaciones nuevas...”

En el libro de Hernán Rodríguez Castelo: “Benjamín Carrión, el hombre y el escritor”, de reciente publicación, podemos oír al hombre y al escritor en un reclamo dramático:

“Y como parte de mi biografía, toda mi biografía casi se encuentra en el capítulo fundación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, tengo que recordar que efectivamente, a pesar de que se ha dicho que fueron unos intelectuales, un grupo, lo considero falso. El proyecto lo concebí yo en forma clandestina y secreta. Lo declaro”.

Me siento inmersa en una especie de redundancia, pero una redundancia estimulante: en un encuentro con Benjamín Carrión en el Aula “Benjamín Carrión” de la Casa de la Cultura obra y gracia (al menos en su concepción, nacimiento y mocedad) de Benjamín Carrión y con miedo de hablar sobre este encuentro, miedo activado por esa redundancia, por lo mucho que puede rebasar mis capacidades. No voy a referirme a su vasta obra literaria que como río caudaloso ha ido fecundando todas las orillas. Personas con la sabiduría necesaria ya lo han hecho y lo seguirán haciendo. Voy simplemente a contar las peripecias de este encuentro tal como se sucedían, sin ordenar ni componer nada. Si lo hago corro el riesgo de desvirtuar la espontaneidad del descubrimiento, espontaneidad que quedaría sacrificada a una estructura organizada, ordenada y en resumen, desvitalizada. Me encontraría así aprisionada en una antítesis: hablando sin vitalidad de alguien plétorico de ella.

Este encuentro comenzó o culminó, ¿quién puede saberlo? Cuando una tarde quiteña de esas que se deslizan por nuestros poros,

nos penetran y nos hinchan de sol, me encontré en un reino desconocido pero en alguna forma presentido: el Estudio del Gran Hombre. Me sentí como un objeto sólido que cae en una solución sobresaturada: mis ideas empezaron a cristalizarse en todas direcciones mezclándose con una dosis de fantasía y recibí el efecto estimulante de un estallido repentino de actividad creadora. Una actividad creadora que había quedado allí, en esas paredes, como formando parte indisoluble de la argamasa y como siendo el ingrediente que les daba solidez y consistencia. En cada ladrillo podría sentirse el latir de una idea, en cada viga había la fuerza de una convicción. Unos meses atrás el Maestro había atravesado el gran misterio y como huellas tangibles de ese viaje quedaban sus libros (¡qué enorme cantidad de libros!), objetos de arte, pinturas, todo cuidadosamente colocado por una mano amorosa y amable, ventanales abiertos al mundo como tratando de asirlo, el Pichincha al fondo como un curioso. Y algo más tangible aun: un saco a cuadros, una boina descansando en el sillón del escritorio, un bastón arrimado en su cansancio de caminos largos y un libro abierto que nunca será cerrado. En todo había esa placidez y abandono que da la jornada bien cumplida. Y todo ese gran silencio que me rodeaba me hablaba a través de su Juan Antonio, el personaje que le permitió habitar en su novela “Por qué Jesús no vuelve” y me decía:

“Yo era inteligente de profesión, Inteligente por derecho divino. Inteligente vitalicio y hereditario. Inteligente por los cuatro costados. Porque sí, porque no cabía que fuera de otro modo. Porque así lo ordenaba la historia, la geografía, la tradición. Porque sino, qué: a veces tenía que sentarme a descansar de la pesada carga de tanta inteligencia. Qué hacer contra ello Dios mío. Era inteligente infeccioso, contagioso, epidémico, incurable. Todo lo que yo tocada se volvía inteligente: libros, amigos, sillas, escritorios, pupitres...”

Luego casi pude percibir una enorme sonrisa irónica que inundaba de belleza su rostro varonil. Al oírlo me pareció que había transformado a su inteligencia en una enorme pelota coloreada para jugar con ella a su antojo, tan seguro estaba de ser su dueño absoluto e indiscutido. Y esa seguridad de estar inundado de inteligencia y pregonararlo a los cuatro vientos con la sabia ingenuidad de un niño que aun no ha

aprendido la ciencia adulta de disfrazar la verdad, me dio la certeza de su gran humildad y pureza. Y de la gran sabiduría con la que había emprendido la experiencia cardinal que fue su vida. Sabiduría que hay que tenerla en grandes dosis para enfrentarse a la seriedad de las contingencias vitales con una saludable porción de agudeza y humorismo.

¿Cómo había llegado yo a ese recinto sagrado lleno de la gran ausencia? Los buenos oficios de mi amiga Alba Luz Mora, orgullosa sobrina de su tío, me permitieron esa entrada. Conocí a la dulce esposa que es como decir a la testigo íntima de esa palpitante y perenne creatividad que fue la vida de Benjamín Carrión. Ella, a manera de una pintora diestra y conocedora de los más íntimos detalles del modelo, fue dibujando con frases certeras como líneas bien trazadas el retrato del hombre, de su hombre:

“Benjamín, primero ante todo, fue un hombre bondadoso, de una gran bondad, generosísimo. Cariñoso, tierno. Nunca le conocí una grosería. Nada que pueda doler. Tenía mucha ecuanimidad, gran equilibrio y aplomo. Era íntegro. Siempre fue bondadoso. Era una persona alegre y optimista”.

Y doña Águeda sigue avanzando en el retrato, casi puedo verlo manejar los pinceles, los colores, encontrar las debidas tonalidades y sombras con la seguridad que da el oficio largamente ejercido, amorosamente experimentado. Y el retrato va definiéndose, adquiriendo forma íntima y recoleta:

“Benjamín y yo nos casamos cuando él tenía 24 años y yo 16. Prácticamente me enseñó a leer y escribir. Él fue mi maestro. Me enseñó a amar la pintura, la música y la vida”.

Y como pintora que pone fin a un detalle nos dice con cierta coquetería: “*Yo era totalmente salvaje*” Luego recomienza:

“Me sentía tan querida y necesaria en su vida. Yo sentía que nunca Benjamín iba a poder encontrar una mujer como yo. Él me hacía sentir una mujer importantísima en su vida. Perdía la cabeza cuando yo me enfermaba. Se preocupaba enormemente”.

Y siguen las pinceladas dando color y forma, forma y color, forma y amor:

“Nunca le gustaba estar solo. Buscaba siempre compañía. Le gustaba conversar. ¡Cómo le gustaba conversar! Le gustaba relacionarse. No creo que escogiera precisamente a las personas. Con todos le gustaba comunicarse. Lo importante, lo esencial era comunicarse. En general siempre le gustó recordar el pasado, hablar de su infancia, de los recuerdos de adolescente, de su tierra. Adoraba mucho a sus hermanos sobre todo a Héctor Manuel, de una gran personalidad y que tuvo mucha influencia en su vida, murió joven. Tenía pasión por conocer el mundo, por viajar. Esa pasión felizmente se pudo cumplir. Viajamos a todas partes del mundo. Era un curioso de todo. Vivimos en tantos sitios. Y de todos Benjamín se maravillaba. Francia y México son los sitios que más recordaba. Benjamín decía que no era patriota, pero adoraba el Ecuador. Le gustaban las plantas, los árboles de sauce, la naturaleza, las flores. Le encantaba lo colorido. No le gustaban las cosas tristes”.

Y como ayudante diestra, su hija Pepé ayuda a definir más la silueta tan amorosamente delineada, tan espontáneamente evocada:

“De mi padre podría decir que difícilmente ha habido una persona como él que le haya gustado tanto vivir. Le gustaba viajar, disfrutar de buena comida era goloso. Con él era muy agradable compartir una mesa. Tenía como un don su buena conversación. Era estupendo para conversar. Inagotable. Le fascinaba estar rodeado de personas. Le encantaba vivir”.

Y en esta frase de Pepé: “*le encantaba vivir*”, tres palabras definitorias, decisivas, como en un solo y enorme respiro se proyectó la silueta y su esencia. La voz de la hija se torna grave, cargada de un recuerdo que aun duele:

“El no supo de su enfermedad. Nunca se manifestaron síntomas dolorosos felizmente. Yo no quise que se le dijera nada. Con ese amor que tenía a la vida, si él sabía de su enfermedad, se le aceleraba su muerte. Y murió con su mente clarísima, la de siempre”.

Esta última frase de Pepé nos trae a la memoria el despliegue de inteligencia simple y directa de Juan Antonio Molina. Y el cuadro se va

completando y casi podemos ver la estructura cristalina que yace en la memoria de quienes tan de cerca amaron a Benjamín Carrión, estructura almacenada, llena de las viejas y nuevas enseñanzas, viejos y nuevos recuerdos que hacen posible la presencia viva del ausente:

“Después de la familia, de sus hijos, le gustaba mucho la música, la buena música y le gustaba cantar y jugar con los niños. Admiraba a las mujeres que hacían algo serio en la vida y las alentaba mucho. Pero no le gustaba la exhibición”.

Tenemos la sensación tangible de ser testigos visuales de la elaboración directa de un cuadro prescindiendo del esbozo porque sus artífices tienen el conocimiento pleno de la forma y la sustancia de la imagen:

“Escribía cuatro horas diarias tal vez más. El nunca hacía un borrador. No podía tener una secretaria. Escribía en el papel definitivo, directamente. Se lo veía tan seguro cuando escribía. Una de las experiencias de su vida que más le ha conmovido quizás, es la formación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Y puso tanto de su vida en ella. Tanto de su entusiasmo. Y después no le comprendieron. Le hicieron amarga la vida. Eso le dolió mucho”.

También Aída, la fiel ama de llaves y compañera de siempre de la familia da un toque al retrato, como un remate habilidoso:

“El doctor, que bueno es el doctor. Es un corazón de oro”.

Y Aída habla en presente. Trastrueca el tiempo de la muerte por el tiempo de la vida. No sé si por un proceso consciente de eludir la súbita confrontación con lo definitivo. Creo que lo que imprime el carácter decisivo de la muerte, lo que viene a ser el laque del acto de morir es la transformación simple, dramática y terrible de un tiempo de conjugación de verbo. El que muere ya no es e inaugura su muerte con: él era. Él es, él era. Una elemental diferencia que alcanza dimensiones épicas, una diferencia gramatical que recapitula una historia vital desde el primer capítulo hasta el epílogo. Para Aída el Doctor Benjamín, es.

Y así, palabra a palabra obtengo un rostro nuevo, no del maestro, no del sabio, no del investigador lleno de curiosidad del mundo, no

del creador constante. Es el rostro cotidiano de hombre bueno trazado frase a frase, sentimiento a sentimiento, hondura a hondura, relación de significados y emociones por quienes compartieron sus días y sus noches. Alba Luz nos ayuda a enmarcar el retrato de rostro nuevo: “*Mi tío Benjamín era un hombre apasionado, apasionado en todo. En él hervían grandes pasiones*”. Al oírla casi puedo ver oscuras y palpitantes profundidades en las que se fraguó una existencia rica de sangre vital.

Y con esa sensación ambivalente mezcla de audacia, ardor, timidez, excitación ante lo que me es dado descubrir de Benjamín Carrión, prosigo en el itinerario no trazado de este encuentro. Y dejo a las personas y voy hacia los libros.

“Benjamín Carrión fue el gran señor de la palabra”, nos dice Rodríguez Castelo en su libro, y continúa:

“Tener sus libros, tener cuanto escribió, no es mucho tener de cuanto él fue e hizo porque su palabra trascendió estupenda y generosamente los cauces de la escritura por amplios y ricos que ellos hayan sido. La obra mayor de Benjamín Carrión, la que conoció sus momentos de mayor plenitud, fue su conversación. Los libros de Benjamín no fueron pienso, sino momentos un poco más formales, acaso mejor un poco menos informales de su charla. En ellos conversaba de una sola vez con muchas gentes y no le era dado cambiar, al menos cambiar mucho de tema”.

Al leer este párrafo me siento despojada de una necesidad recién sentida nueva y urgente que ya no podré satisfacer. Y empiezo a manera de desquite, a buscar esa voz extinguida, a tratar de verificarla en la palabra escrita. Acudo a la fantasía, ese don infantil que felizmente nos nutre de cuando en vez, y mi empeño rinde frutos y puedo salvar, aunque precariamente, la brecha, porque encuentro en cada frase leída un latido vital que lo puedo oír sobre todo a través de Juan Antonio, ese apasionado Benjamín de “Por qué Jesús no vuelve”:

“Y el tiempo se me hace azul, para cubrir ese tiempo con río, ovejas, sauces. Todo lo más bello cuando se lo vive, todo lo más huachafo cuando se lo cuenta. El tiempo se me hace también dorado como rayo de sol que ilumina un haz de polvo en resplandor”.

Y es la voz, que no la frase escrita, la que nos dice del tiempo coloreado de vida, la que nos transmite la pasión acelerada del adolescente ávido de sensaciones:

“Me había nacido uno como impulso irreflexivo de acelerar el gozo de la vida, de descubrir todos los secretos del conocimiento, de la voluptuosidad, del amor, de todos los amores. Fui desde entonces un apresurado de la vida”.

Podemos entremezclar lo que nos dice Benjamín Carrión con lo que escribe Benjamín Carrión y no sabremos dilucidar, establecer la diferencia, para el mismo Benjamín Carrión creo que le da igual: escribe cuando conversa y conversa cuando escribe. Y así empieza a conversar con su tierra grande escribiéndole cartas:

“Una jornada llena de veinte cartas a mi Patria el Ecuador. Por veinte veces he conversado mi dolor, mi esperanza, mi verdad, mi optimismo al espíritu de mi patria. A eso inmarcesible y permanente que no lo cambia esencialmente la desgracia, ni el error”.

Y se instala en una larga conversación que dura jornadas enteras con esa Patria a la que dice de su necesidad de ser oído:

“Me propongo volver. Reiniciar en breve plazo una nueva serie, un nuevo libro, nuevos gritos. ¡Que no son atendidos! ¡Que no son escuchados! No importa. Ya lo dijo aquel en las orillas del Jordán, aquel que pagó con su cabeza las verdades que dijo, Juan el Bautista: Yo soy la voz que clama en el desierto”.

Al avanzar en esta conversación que es el libro “Cartas al Ecuador”, puedo escuchar su voz de arenga, dolida con el dolor de patria maltratada:

“¿Desierto entre nosotros? Si desgraciadamente, pero transitorio y venible. El desierto que trae esa pereza del alma y de la carne que es la resignación, el conformismo, el aguante. El desierto, el ominoso desierto de las conveniencias que quiebran hasta las voluntades recias y las ideologías firmes. El trágico desierto de la necesidad provocada por los mismos que de ella se aprovechan. El desierto comodón y holgazán del quememportismo contra el cual también tuve que luchar en 1943 cuando iniciara mis Primeras Cartas al Ecuador. También en esa oca-

sión se me dijo que mi voz, frente a las terribles argollas de la época, sería la voz que clama en el desierto. Y no fue así. El Ecuador respondió bien y las trompetas del enemigo derribaron las murallas de Jericó”.

Y es la voz de Benjamín Carrión que vibra indignada desde su “Atahualpa” al ver y sentir como la idea de Dios naufragó en las aguas oscuras de una religión más interesada en enriquecer su carne que su alma:

“El meditar de la humanidad occidental frente al Cristo se llamó la Edad Media. De esa meditación se aprovechó occidente para saltar al Cristo en su camino luminoso y robarle su doctrina para hacerla servir a sus propios intereses: la explotación del hombre por el hombre. Cometido el crimen de robar y secuestrar al Cristo en las sombras medievales, en los sórdidos laboratorios de la alquimia político-social se dio vida a ese engendro monstruoso: el feudalismo. Y en nombre de quien más había predicado la igualdad y la justicia, se organizó uno de los ciclos históricos de más honda e inhumana injusticia social”.

No sabría que más admirar en la palabra de Benjamín Carrión: sí la elegancia formal, si la ardentía de su contenido o la virtud. La palabra virtud, uso aquí en el sentido real de su connotación latina que significa coraje ante la cobardía bajo todas sus formas. También me conmueve su lealtad: la lealtad hacia sí mismo basada únicamente en la lealtad hacia una idea trascendental, que es en todo hombre libre, el origen de todas las lealtades.

Y es la voz de Benjamín Carrión que nos dice de su sentimiento de fruto maduro que ha llegado al clímax de su ciclo vital a través del nutrimento de la madre y nos lo dice directamente:

“Muere mi padre cuando yo tenía 6 años y entonces soy realmente un hijo de mi madre. De una de esas familias provincianas largas diez hijos y yo fui el último. Por eso cuando ya se imaginó que sería realmente el último se me llamó Benjamín...” “La primera influencia, la más grande, lo total, fue la de mi madre. No por aquello que siempre se ha de decir esta frase manida y corriente, sino porque era una mujer extraordinaria, que tenía una cultura muy amplia y de muchacho a los 8 o 9 años me leía y me traducía, y después ya no me quería traducir, quería que entienda en el propio francés los libros predilectos de ella,

especialmente Lamartine, el gran romántico francés, Bueno...esto es lo que los franceses llaman una "imprese". Ella me imprimió" (Tomado del libro "Benjamín Carrión, el hombre y el escritor").

O es Juan Antonio que es como decir un alter ego de Benjamín Carrión, que desde el libro, nos habla con eco de reminiscencias, sobre la figura materna solícita, dedicada a robustecer en cuerpo y alma la personalidad en formación:

"Mi madre mujer buena y además inteligente, estimuló siempre esos gustos míos que me retenían más largo tiempo junto a ella lectora infatigable también".

Y son Juan Antonio o Benjamín, indistintamente que nos gritan a borbotones el amor y la admiración hacia el hermano Alberto en la ficción, Héctor Manuel el de carne y hueso. Gracias a la acuciosidad de Rodríguez Castelo, oímos y casi de verdad, el hablar tremolante:

"Voy a contarles una cosa que les va a sorprender; no tuve instrucción primaria porque en mi pueblo no había una escuelita que inspirase confianza a mi mamá. Y entonces ella y mis hermanos entre los cuales se encuentran dos seres extraordinarios: el uno que llegó a dominar la sapiencia literaria de su época en una forma tal que, esto no es una ofensa para el resto de la república, cuando vine unos 5 o 6 años después a Quito no encontré una sola persona con la capacidad de este hermano mío que se llamaba Héctor Manuel, para el conocimiento de todas las cosas. El otro hermano mío es el hombre que ha tenido las más altas distinciones en los centros de Historia Natural de Europa".

Y ahora nos dice Juan Antonio de cómo su ser íntimo se vitaliza con el acervo de recuerdos anclados en su memoria sobre las virtudes del habla de su hermano Alberto, virtudes que se registran, como una imagen reflejada, en la dinámica profunda de su propio temperamento:

"Lo que mi hermano Alberto opinaba en ésta y todas las cosas era para mí el Evangelio, la verdad revelada, la palabra de Dios. A mi hermano Alberto le gustaba el coloquio. Le encantaba la plática en tono menor, en la que las ideas, las opiniones, las emociones fueran surtiendo fáciles, cristalinas como agua de fuente. Que los temas fueran asomando fáciles sin programación. Y entonces sí escucharlo era un don de los dioses. Fue él quien me condujo por ese amor hacia el diálogo que ha

sido y es el júbilo de mi vida, lo que considero el ejercicio más puro de la inteligencia y la sensibilidad de los hombres. La conversación para mi hermano Alberto era continuada, fluyente, obra maestra”.

Aquí no puedo evitar la compulsión de comparar al conversador Benjamín Carrión descrito y sentido por Rodríguez Castelo con este hermano de Juan Antonio descrito y sentido por Benjamín Carrión y la analogía se puede establecer sin reticencias.

Y sigo encontrándome con Benjamín Carrión y es como asistir a un continuo nacimiento. Pues Benjamín Carrión desarrolla sus potencialidades como ser humano, cabal naciendo continuamente, que es lo mismo que decir renovándose y viviendo humanamente, que es lo mismo que decir desarrollando una conciencia no solo de sí mismo sino también de los otros y de la realidad que le circunda y de la que él forma parte indisoluble. Y su ser es un ser que deviene, que crece, que se esfuerza por alcanzar ciertos fines que trata de conferir significado y finalidad a todos sus días, que se vincula sensitivamente, no solo a través del intelecto con el acontecer del mundo, que es su mundo sino con la frescura que caracteriza al auténtico contacto. Y ese ser humano siempre naciente y siempre humano nos dice en su “Nuevo Relato Ecuatoriano”:

“El gran enfrentamiento de la vida con la muerte en proporciones gigantescas fue un grito de regreso a la verdad. Fue lo que desnudó los huesos de nuestra pobreza e hizo aparecer la mentira de la vida en común de los hombres en la trágica fraternidad de las trincheras”. Hoy seremos hombres a quienes duele o alegra el hombre, el hombre de todas las latitudes y de todos los climas, pero el hombre desnudo de convenciones sin más riquezas que sus esencias humanas y la compañía de los demás hombres”.

Y es Benjamín Carrión el ser humano abierto al mundo que comenta respecto a la necesidad de sentir la igualdad primaria la igualdad esencial de los seres humanos ante su derecho a vivir y nos habla de “hombres desnudos y profundos” relacionándose entre sí fraternalmente. La utopía de su anhelo no desvirtúa su autenticidad. Benjamín Carrión tiene el derecho de todo ser humano a formar una imagen

propia del mundo elaborada a partir de su universo interior. Para cada uno de nosotros no hay, en última instancia, otro universo que el que nos hemos construido adentro y si lo sentimos integrado y coherente tenemos la certeza de haber encontrado nuestra propia verdad. Muchas veces, sentimos la necesidad de verificarla en la superficie exterior, visible de la realidad y corremos grandes riesgos al confrontar nuestros ideales con lo externo. Pero ese impulso vital y creativo, potencial de todo ser humano, nos sirve para reconstruir de los restos de cualquier naufragio y Benjamín Carrión, ha salido de sus naufragios sólido, anclado en la firmeza de sus convicciones.

Este continuo renacer, este continuo reconstruirse, este continuo descubrir seres y cosas lleva a Benjamín Carrión a hablar del mundo y de los demás con gratitud y amor. La gratitud es un acto de empatía y de simpatía. El hombre vanidoso se centra sobre sí mismo, gira alrededor de su propio eje y se enreda y asfixia en la propia maraña que va tejendo y por esa razón se niega a demostrar gratitud y admiración. Siente que de alguna manera al expresarlas lo disminuye y humilla. Benjamín Carrión, el crítico generoso nos transmite esa flamante gratitud que estrena siempre frente a la obra creadora sea un libro, un cuadro, una sinfonía y no solo expresa su gratitud al hombre creador si no que, sutilmente, llega al espíritu encarnado en él. “En realidad no puede concebirse de otro modo la ficción artística, nos dice, sino de una entrega de nuestro propio yo en forma más o menos franca, más o menos encubierta”. Y nos ofrece síntesis generosas, absolutas en su “Nuevo Relato Ecuatoriano” sobre nuestros principales escritores y su obra. A veces es difícil separar lo que desmenuza de la personalidad del autor de lo que extracta de la enjundia de la ficción. Y así nos dice de Jorge Icaza y Huasipungo:

“Y es así como de pronto, sin previo aviso, nos dio ese largo, persistente alarido de dolor indígena que es Huasipungo. Halló el tema, el tema de estatura a la medida de su poder, tema tocado, soslayado por muchos escritores antes y lo atacó de frente. Con agudo y brutal patetismo. El encuentro del autor con su tema parece uno de los momentos más deslumbrantes, casi milagroso, diría, de una obra literaria. Jorge Icaza no ha hecho llorar a nadie. Pero ha hecho tener rabia a mucha gente. El hallazgo del tema es el mayor acierto de Icaza”.

De Pablo Palacio, que podría ser su loco favorito, nos habla así:

“Sigo recordando aquella época en que estando ausente esperaba el eco de mi pueblo lejano desde el propio corazón de Occidente. Y llegó una voz que acaso entre todas, esperaba: la de Pablo Palacio. Un caso sorprendente de capacidad y sensibilidad. Un debatirse en el abismo, un asomarse permanente a los umbrales de la angustia. Haciendo sonar los huesos de su verdad con el acompañamiento siniestro de su risa de potrillo tierno. Línea sólida de cultura por los caminos de la filosofía, del arte. Y poder de originalidad. De alguna originalidad en este planeta en el que ya se han dicho todas las palabras y se les ha puesto nombre a la mayor parte de las cosas. Grandes sombras que apenas, muy apenas pudieron llegar a él, Proust, y en el otro lado del camino, Joyce. Y una permanencia amistosa con alguien que seguramente no conoció: Kafka”.

Y Benjamín Carrión continúa remeciendo la entraña, el subterráneo, ese sitio que todos los seres humanos tratamos de mantener, quien más quien menos, ahí, estático, intocado para no revolucionar a nuestros fantasmas dormidos y así toca fondo en la vida de profundidades de Pablo Palacio y le estremece el rumbo que recorre esa mente algebraica y lúcida, a su decir, que se ha refugiado en la psicosis que abre las anchas puertas de un mundo que la mayor parte de las personas solo conocemos a través de nuestras diarias aventuras oníricas.

Admira en José de la Cuadra:

“El ajuste perfecto, insuperable del instrumento expresivo al tema, al motivo expresado. Sin vacilaciones, ni exceso, ni defecto. Una agilidad de lectura que procede, acaso, de la docilidad con que acuden a su llamada las palabras propias, las deseadas, las indispensables.

A Alfredo Pareja Diezcanseco lo define como “el hombre de muchos libros” y dice de su obra:

“Un buscador incansable de caminos para transitar por ellos con su mismo cuerpo y con su misma alma. Enfrenta la realidad en términos dramáticos y encara el conflicto a la luz de la más clara dialéctica: el sistema social viciado en sus estructuras económicas afecta a la esencia misma de lo humano que es la atracción de los sexos para la propagación de la especie”.

Y así Benjamín Carrión maneja diestramente su gratitud y amor como instrumentos de trabajo frente al hecho creativo y al individuo, matriz de esa creatividad.

Y continúo con este encuentro que lo he sentido en muchas ocasiones como un intento de escalar hacia arriba, sin tener clara conciencia de poder coronar la cumbre, de llegar a percibir las verdaderas dimensiones del coloso. Al hacer un alto para contemplar la amplia y casi ilimitada perspectiva que ofrece la vida apasionada y apasionante de Benjamín Carrión, he podido reformar el aire y retomar el rumbo. En cada alto del camino voy desvelando nuevos paisajes y nuevos caminos y descubro a Benjamín Carrión ante la Patria grande y chica que las siente con una hondura telúrica y así construye “El Cuento de la Patria”:

“Que el Cuento de la Patria nos sirva para combatir el mal mayor, la máxima dolencia de nuestro pueblo: la tristeza. No esperemos desde luego que la terapéutica del cuento bueno de la Patria, sirva para alegrar la vida de un pueblo sobre el que pesa en la verdad actual, en la realidad dura tantas causas de abatimiento: la injusticia social, el fanatismo el alcoholismo, la imbécil e inmisericorde dominación feudal”.

Y duele la Patria con un dolor insertado en su facultad crítica que clasifica, examina, integra los sentimientos internos con los datos de la realidad y trata desesperadamente, apasionadamente de sacudir el letargo secular de sus compatriotas:

“Que el Cuento de la Patria combata el derrotismo inhibitor, al complejo de inferioridad que se ha convertido en un mal nacional. Por eso el país ha sido presa fácil para todas las depredaciones externas y para las traiciones castrenses. Es preciso que se emprendan campañas nacionales contra el pesimismo, contra ese enfermizo creernos lo último del mundo”.

Y nuevamente Benjamín Carrión acaricia con toque maternal a la hija de su espíritu, la Casa de la Cultura Ecuatoriana; y su necesidad íntima, vital del nutrimento cultural junto a ese amor igualmente íntimo y vital que siente por lo suyo le llevan, casi le compelen, a desear para la patria un puesto de primer orden en la labor creativa. Y en su deseo hay mucho de pasión y de utopía:

“Orientar la educación, la conducción política, la cultura hacia un sentimiento de confianza, de seguridad de nosotros mismos en el ámbito así sea reducido de nuestra acción. A eso se debió precisamente la creación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Mi tesis repetida hasta la saciedad fue casi literalmente la siguiente: si no podemos ni debemos ser una potencia política, económica, diplomática y menos mucho menos militar, seamos una gran potencia de la cultura porque para eso nos autoriza y nos alienta nuestra historia. Y en obediencia a esa forma de pensar realicé todas mis actividades orientadoras de cultura”.

En el Capítulo Cuarto del Cuento de la Patria llama al Ecuador “pueblo hijo de mujer” y en esta parte del encuentro entablo una gran controversia con Benjamín Carrión, quizá la primera y quizá la única. Desde un sentimiento y pasión personales, siento cierta desazón del papel primordial que sería para él; el de la mujer como hacedora eterna de vida. Y siento rebeldía en aceptarlo. El punto de partida de la historia femenina, llena de mitología social, es precisamente el haber limitado su actuación a un rol exclusivo y excluyente: La maternidad. Un rol mistificado (perdón el galicismo pero no encuentro un término castizo apropiado) hasta la saciedad que encierra la gran contradicción de glorificar a la mujer madre encerrándola en un nivel primitivo: instinto y procreación. Toco un tema que tiene míticas resonancias y sobre el cual me hubiera apasionado conversar con Benjamín Carrión pues tengo la certeza de que hubiera recogido mis grandes inquietudes. Y nos dice Benjamín Carrión:

“En nuestra raíz nacional ecuatoriana es el hombre el que nace de una costilla de mujer, al revés de lo que dicen ocurrió en las pampas del paraíso en el primer acto del drama de la manzana y la serpiente” Desde los tiempos indios no fuimos país macho, país engendrador. Fuimos país hembra, país que concibe, país de entrañas fértiles. Y luego país maternal, país que recibe no país que da. Así las Amazonas a las orillas de un río, que nos quieren quitar nuestros hermanos, recibían a los maridos una vez por año, quedaban preñadas y todas ellas parían. Otra vez mujeres para la continuación del amor, del engendramiento y del parto sin fin”. Luego habla de Paccha la madre de Atahualpa: “la restauradora de la unidad del mundo. Ella la india quiteña todo amor y sexo, es la verdadera madre, la auténtica matriz”.

Y sigue su Cuento de la Patria y nos dice de García Moreno, el personaje histórico que tan arduosamente combate, su Santo del Patíbulo:

“Juventud revoltosa, de oposición profesional que solo se explica por íntimas notas personales García Moreno combate a Flores como tirano primero y después como traidor. Guayaquileño que detesta Guayaquil. Católico que no respeta a obispos, frailes o monjas. Aprendiz de brujo que no sabe las palabras para corregir el ensalmo. Con todo ello García Moreno, teócrata y tirano, es una figura muy importante en nuestra historia”. “Es organizador activo. Fiscaliza la hacienda pública, maneja a sus servidores por el terror y mantiene el país en trance de pánico perpetuo”.

De amor a la patria, a la tierra chica y grande, la continuación de la matriz materna, está salpicada toda la obra de Benjamín Carrión. Como hijo amoroso le duelen los tormentos seculares de su madre-patria, las injusticias cristalizadas que han recorrido un largo camino evolutivo hasta convertirse en leyes de convivencia, leyes inmutables que sacrifican el bienestar de los muchos para alimentar la voraz omnipotencia de los pocos y entre amargado y optimista Benjamín Carrión sostiene que:

“No. No somos un pueblo ingobernable. Somos, hemos sido un pueblo pésimamente gobernado. Yo creo que este es un pueblo bueno, probablemente bueno. Humilde, resignado, aguantador. Pero terrible en sus despertares y en sus rebeldías. Hoy se lo está tratando como un pueblo malo y lo que pasa es que es un pueblo con hambre”. “He allí el origen de la mayor parte de nuestros males sociales: la pretenciosa aristocracia criolla que se cree la poseedora de todos los derechos sobre el indio, el cholo, el mestizo, el montubio. La tan decantada igualdad ciudadana, ‘igualdad ante la ley’ es una de las grandes mentiras sobre las que descansa el edificio falso y caedizo de nuestra convivencia humana”.

Y si el amor a la tierra grande le mueve a gritar su indignación, el amor a la tierra chica sacude su sentido profundo de pertenencia a la raíz primigenia, al comienzo y origen de todos los caminos, y es Juan Antonio, que es como decir Benjamín, el que regresa a cobijarse con la tierra propia de calidez conocida:

“Era el contacto con eso hacia lo que venía de tan lejos, en el espacio en el tiempo, en la intensidad de la esperanza, Era ya el contacto cercano con la raíz y la esencia de la vida, con el origen y el destino. Era la tierra, el sol, el agua. Con la luz, el amor, las lágrimas y el sueño de los que estaba hecho todo él. Con el nacimiento cercano de las fuentes de su nacimiento y de su gozo, de su miedo, de su vergüenza de su fe, de su rabia, de su deseo, de su asombro ante las cosas. Cerca de la fuente de las malas palabras y las malas obras. Porque allí vio pegar al primer niño y al primer perro, allí vivió el primer beso de los otros y la primera cópula. Allí vio morir a su padre. Allí tuvo la certidumbre de las vacas que dan leche, de las cosas que florecen, de los pechos de las niñas que comienzan a hincharse. Del río que se va y de las nubes que se van en el río. La certidumbre de los capulíes, y la blanca certidumbre de la Primera Comunión. Supo de la gran pendejada de los dientes de leche y esa cosa tremenda madre de todas las rebeldías: que hay ricos y pobres. Supo de las gallinas y los huevos y de los nidos de pájaros. Era el contacto cercano, allí allicito, tras las lomitas esas con ella”.

Y este contar hermoso del trajinar hacia la fuente, del reencuentro con el primer descubrimiento y la primera duda, el primer alborozo y el primer sobresalto de Juan Antonio Benjamín Molina Carrión es como el epitafio-resumen de una existencia que aun sigue vigente, fresca confundida en un apretón sempiterno con la madre-tierra, la tierra-madre, la madre-madre y así vuelvo yo al sitio aquel, al recinto sagrado poblado de libros y sueños, recuerdos, pasiones y conmociones y donde un bastón, un saco a cuadros, una boina, un libro abierto descansan de un caminar largo y me siento por momentos colmada de reverente admiración y me veo a mí misma como de tamaño muy pequeño, pero todo lo mucho que me ha nutrido este encuentro me ayuda a neutralizar las disparidades y pienso, casi apropiándome de una frase suya, que Benjamín Carrión fue todo un hombre y nada más que un hombre.

Encuentro con

Manuela Sáenz

Los biógrafos de Manuela Sáenz ubican el lugar y el año de su nacimiento en Quito y en 1797, pero hay un desacuerdo respecto al mes, por ejemplo, según Alfonso Rumazo González, Manuela nace en Quito a principios de año, según Raquel Verdesoto de Romo, nace en diciembre. Cada biógrafo describe ese comienzo a través de una diversidad de decorados y circunstancias y todo esto a pesar de que es una historia única, como todas las historias humanas, la que va a desarrollarse. Cito a Rumazo González:

“Manuela Sáenz nace en Quito a principios de 1797. Son ricos y de posición social distinguida tanto el padre como la madre de esta niña. Cuando a la muerte de su madre en 1820, reclamó la herencia, la investigación encontró que su origen dimanaba de padres nobles que lograron distinción en Quito. Pero nace de adulterio y en adulterio vivirá ella misma los mejores años de su juventud. Llega además en tiempos en que el adulterio y otras concupiscencias son normales, lo elegante, lo perdonado entre la aristocracia y entre los criollos de todas clases”.

Raquel Verdosoto escribe: *“Manuela nace en diciembre de 1797 como una infanta, gasas y cortinas amortiguando la luz de magníficos candelabros, solo que su venida sazónase con un remordimiento y un pañuelo mojado en lágrimas”*

Otra biógrafa, Olga Briceño dice de la época: *“La América Latina copió entonces a Europa en sus virtudes y vicios y como todo lo que es imitación peca forzosamente de débil o de exagerado, las costumbres en nuestro medio presentaban un lastimoso tono de caricatura. La licen-*

cia y el libertinaje fueron pan cotidiano en nuestra sociedad civil, clerical y militar”.

Y así empiezo a encontrarme con Manuela Sáenz, en medio de datos contradictorios, de planteamientos subjetivos, de títulos sugestivos y, por lo mismo, de sospechosas intenciones: Así me enfrento con títulos como: “La vida ardiente de Manuela Sáenz”, “Manuela Sáenz la divina loca”, “El mariscal y la dama”, “Las cuatro estaciones de Manuela”, etc. Y me doy cuenta que así no voy a encontrar a la mujer que busco, es que la literatura permite vengarse de la realidad esclavizándola a la ficción y siento que esa imagen borrosa de Manuela que apenas empieza a formarse en mi conciencia se me va a desvanecer como un fantasma. De todas maneras leo libros, trato de ubicarme en la época y sus circunstancias, Manuela está a ahorcadas sobre dos siglos convulsionados, conozco el final de su vida y una de las ventajas de conocer ese final de esa historia única de una mujer que se llamó Manuela Sáenz Aizpuru, es que me permite registrar en su continuidad, en su desarrollo y en sus encrucijadas imprevistas, la curva sorprendente de esa existencia que dejó de aceptar lo que le era impuesto. Basta con el simple y muy trascendente detalle para que mi interés se acrecentara por descubrir más allá de los episodios y las anécdotas, grandiosos los unos, cotidianos los otros, lo que fue en realidad Manuela Sáenz. Mi frustración también aumenta, pues ella, la protagonista desde adentro, desde ese su interior tantas veces convulsionado no puede decirme nada, ni puede hablarme de su verdad, de los muchos momentos en los que pasó del miedo a la desesperación, luego a la cólera, a los rechazos atravesados por llamaradas de esperanza. No puede hablarme de cada uno de sus días atendiendo el mundo siempre despierta, tratando de no perderse en la cotidianidad monótona que casi siempre ha implicado la feminidad, aquella impuesta por el mito y el prejuicio, en esa compulsión a repetir fórmulas, a calcar escenas, a trabajar moldeando la rutina en lugar de escapar de ella. Parecería que Manuela sentía a su existencia como una ascensión y es así como yo me figuro. Durante todos sus años de infancia, adolescencia, de juventud y madurez su libertad fue como la persecución de un proyecto original incesantemente retomado, for-

talecido, ramificado en múltiples actitudes y desafíos, en apasionados compromisos con el mundo y con los seres, siempre encarando la vida para encontrar el momento decisivo que le confiera un sentido eterno. Nos dicen quienes escriben sobre ella:

“Manuela no se liberará nunca de cuatro puntos que informan su existencia: ser libre, libérrima en cuanto a moral, amar con delirio u odiar en el mismo grado, ser rebelde, revolucionaria, belicista, tempestuosa, entender la vida a lo grande y conformar todos los actos a esta actitud elevada, en la cual por otra parte, vienen involucrados todos los desprendimientos y aun todas las generosidades. Amable loca la llamará Bolívar. Mujer excéntrica, O’leary, parecía una reina, dice Garibaldi; perfecto tipo de la mujer altiva, mujer superior acostumbrada al mando”, comenta Ricardo Palma.

Nacida en los últimos años del siglo 18 y crecida en los primeros del 19, reunía en sí los defectos y las virtudes característicos de ambos siglos. Desde la cuna pues, ya estaba marcada para llevar una existencia compleja. Emulando a los hombres de su tiempo, haría de la gloria y del amor sus derroteros, su espíritu analítico y burlón, su afán investigador, su curiosidad intelectual, su anhelo de aprender, su riguroso método para alcanzar la meta deseada era su legado del siglo 18. Su agilidad mental, su impetuosidad, su don de mando, su habilidad diplomática, su generosidad, su amor hacia la fuerza, su violencia esporádica, su desdén a los prejuicios, el desbordamiento de pasiones, serían el don que le confiriera el siglo 19.

Antítesis viviente, era dulce y violenta, metódica e impetuosa, recatada y liviana, femenina y varonil, comedida y desbordada, analítica e intuitiva, fanática y liberal.

Y qué dice Manuela de ella misma, en las diversas circunstancias en las que debió asumir su propia defensa frente a una sociedad que no le perdonaba ser mujer de ideas propias, de tener esa capacidad de pensar, de no asumir la pasividad impuesta a la feminidad, de no andar de hurtadillas frente a la vida permitiendo que otros la desdoblén y le den categoría. Y que nos dice Manuela, repito, en las cartas que de ella se conservan: “*jamás me harán vacilar ni temer*”, “*el tiempo justificará mis acciones*”, “*amiga de mis amigos y enemiga de mis enemigos*”.

En 1828 cuando se produjeron graves alteraciones del orden en Venezuela, y Bolívar se declaró en ejercicio de poderes extraordinarios, Manuela le escribe: *“Dios quiera que mueran todos esos malvados que se llaman Paula, Padilla, Páez pues de este último siempre espero algo. Sería el gran día de Colombia el día que estos viles muriesen, éstos y otros son los que le están sacrificando con sus maldades para hacerlo víctima un día u otro. Este es el pensamiento más humano, que mueran diez para salvar millones”*. Al parecer de Rumazo González esta carta sería la que más revela su personalidad (lo cito): *“Parece una mujer de Estado, que entra en la política, opina en ella, trata de conducirla, decide, desenmascara a los enemigos, toma determinaciones enérgicas: que mueran diez para salvar millones”*.

Y en el episodio entre carnavalesco y dramático del fusilamiento del general Santander en efigie, Manuela se defiende y escribe entre otras cosas:

“No he ofendido a ninguna autoridad lo que he hecho no es deshonoroso. Quienes me calumnian lo hacen porque no pueden perseguirme ante la ley, esta es mi vindicación, porque todos saben como he sido injuriada, calumniada, vilipendiada. Confieso que no soy tolerante pero mi serenidad descansa en la conciencia de lo justa que es la causa de Su Excelencia, El Libertador. Nunca, nunca retrocederé un paso de la amistad y la gratitud que tengo por el general Bolívar, y si alguien cree que esto es un crimen, demuestra la pobreza de su alma. Al autor del artículo la Aurora quien debería saber que la libertad de prensa no significa necesariamente libertad para atacar a personalidades, le contesto con estas palabras: me ha vituperado de la manera más vil, yo le perdono, pero se me permite una pequeña observación, ¿Por qué llaman a los del sur hermanos y a mi extranjera? Los que son como él pueden escribir cualquier cosa. Mi patria es todo el continente americano, nací bajo la línea ecuatorial”.

En la famosa carta que le dirige a su esposo el señor Thorne, le dice:

“¿Crees por un momento que después de ser amada por este General durante años, de tener la seguridad de que poseo su corazón, voy a preferir ser la esposa del Padre, del Hijo o del Espíritu Santo o de los tres juntos? Sé muy bien que no puedo unirme a él por las leyes del honor, como tú las llamas, pero ¿crees que me siento menos honrada

porque sea mi amante y no mi marido? Yo no vivo para los prejuicios de la sociedad que solo fueron inventados para que nos atormentemos el uno al otro”.

En la carta que dirige a Juan José Flores, desde su destierro en Jamaica:

“Yo amé al Libertador, muerto lo venero y por eso estoy desterrada por Santander...Santander me da un valor imaginario, dice que soy capaz de todo y se engaña miserablemente. Lo que soy es de un formidable carácter, amiga de mis amigos y enemiga de mis enemigos y de nadie con la fuerza de este ingrato hombre. Pero ahora que se tenga duro, existe en mi poder su correspondencia particular al Libertador y yo estoy haciendo buen uso de ella. Mucho trabajo me costó salvar los papeles del año 30 y esto es una propiedad mía para no dejar duda en los acontecimientos de atrás yo invoco a usted mismo en mi favor, usted sabe mi modo de conducirme, y esta marcha llevaré hasta el sepulcro por más que me haya zaherido la calumnia. El tiempo me justificará”.

Y cuando Rocafuerte decidió su destierro por considerarla peligrosa y dos años más tarde desde su enorme soledad de Paita, recibió la noticia oficial de que se había autorizado su regreso, contestó:

“Un terrible anatema del infierno, comunicado por Rocafuerte me tiene a mí lejos de mi Patria y de mis amigos como usted -se refiere a Juan José Flores-. Lo peor es que mi fallo está tomado, no regresar al patrio suelo, pues usted sabe amigo mío, que es más fácil destruir una cosa que hacerla de nuevo, una orden me expatrió, pero el salvoconducto no ha podido hacerme revivir a mis caras afecciones: mi patria, mis amigos. Ya que esto no es posible, crea usted de modo cierto que de Paita o Lima siempre seré para usted la Manuela que conoció el 22. Mucho me agrada la tranquilidad del país, y nada me es más placentero que la tranquilidad”.

Y Manuela una vez más decide reinar sola sobre su propia vida que, en el ocaso, es la antítesis de su vida de esplendor, pero al comienzo y al final la terca pasión que alimentaba sus convicciones, resumía su singularidad, siempre parecía que hubo en ella algo íntegro e imperioso que la liberó del sometimiento a un mundo que le quería imponer un ritmo ajeno. En todo ser humano ese enfrentamiento supone

una lucha titánica, pero en una mujer sometida desde la supuesta esencia de su sexo, a la pasividad y a la dependencia, esa lucha por ganar su singularidad, es casi milagrosa. Y en lo que me permiten intuir los libros sobre Manuela Sáenz, en las pocas cartas que de ella se conservan, parecería que esta mujer le daba un precio muy alto a su independencia interna, por eso ponía también pasión en la independencia de su entorno y fue una militante activa en esas luchas, de ahí que se tornara peligrosa como peligrosas son todas las personas que se atreven a destruir principios sustentados en los dogmas y en los prejuicios, pues ese continuo enfrentamiento con lo establecido supone el colapso de alguna ley “natural” que no son sino reglas para vivir en un estado apacible y crónico de temor al cambio, de inmadurez, del cual no somos conscientes porque casi todo el mundo padece de la misma enfermedad: Someterse al estereotipo social, que en casi todas las épocas de nuestra civilización nos ha hecho menos independientes, mucho más, meros espectadores de nuestro propio destino. E insisto, en la mujer su pasividad ha sido más notoria y ha sido más derrotada por los hábitos, las presiones sociales y las actitudes erróneas sobre sus capacidades.


Ese aspecto es quizás el que más me ha conmovido en mi encuentro con Manuela Sáenz, desgraciadamente un encuentro a través de mediadores que en alguna forma me ha dejado insatisfecha con una frustración cargada de interrogantes. ¿Cómo fue en realidad esta mujer que no claudicó ante su pasión de vivir, que impuso siempre nuevas formas de percibir y de pensar, nuevas representaciones de su rol de mujer pensante y activa, que sacudió los valores y la ética mojigata y se planteó nuevas direcciones a seguir?

Quise escudriñar algo esencialmente vital que me permitiera acercarme más a ese mundo de Manuela ahora en sombras, me enfrenté con un retrato suyo. Lo miré largamente tratando de ir más allá de los rasgos y de los colores y de la destreza del artista. Había un no sé qué de misterioso e inescrutable en ese rostro armonioso como que Manuela no permitió llegar a los pinceles al fondo mismo de su esencia, como que para llegar a ella se necesitara una llave accesible solo al conocimiento de los iniciados. Luego traté de hurgar en la experiencia vi-

vida de la artista que la representó en “*Una loca estrella*”, pieza de teatro de Pedro Saad, y Toty Rodríguez se sintió Manuela Sáenz en su apasionamiento frente a la vida en su adhesión absoluta a las ideas de libertad e independencia ese algo propio de ella que le permitió la experiencia cumbre que fue en su vida su encuentro con Bolívar. “Si no hubiera existido esa coincidencia de caracteres, esa similitud entre personalidades, esa fuerza de carácter compartida, no hubiesen llegado a una unión tan sólida y duradera”, comenta la artista desde ese desdoblamiento que supone el representar un personaje.

Y nuevamente Manuela recupera para mí la imagen de una vida llena de descubrimientos, que no desarreglaban su universo, que no implicaban ninguna negación de sí misma, que no trastornaba sus certidumbres, que pudo, en alguna forma, reinar sobre su propia vida a pesar de que la historia, la religión, la mitología que enreda la existencia de los seres humanos, trataban de sugerirle otro papel, como que no aceptaba que nadie, ni aun sus seres más amados le frustraran sus responsabilidades frente a sí misma y frente a sus convicciones, como que su experiencia vital fuera un perenne acto de autoafirmación. Cada ser humano tiene dos sistemas de fuerza en su interior, uno de ellos se aferra a la seguridad, se asusta de correr riesgos, se asusta de la independencia y la libertad, en suma, teme desarrollarse. El otro sistema le impulsa al cambio, a tomar decisiones riesgosas, a experimentar lo nuevo a expensas de la comodidad de lo establecido, este sistema de fuerza le impele al desarrollo. En consecuencia podemos considerar el proceso de desarrollo como una serie ininterrumpida de situaciones de libre elección a la que cada individuo se enfrenta continuamente a lo largo de su vida en la que debe escoger entre los goces de la seguridad y los riesgos del desarrollo. Manuela pertenecía a esta última clase, escogía los momentos privilegiados en los que era llevada más allá de sí misma, más allá de la seguridad de lo inamovible. Esa es la característica más significativa de esa mujer, de una mujer que hoy sería muy contemporánea en su lucha por ser ella misma y por modificar un orden de cosas adverso a la mayoría, que si bien concibió a su vida como una empresa autónoma, descubrió sus relaciones con el mundo y se sintió conmovida con una realidad que le pesaba como ser humano libre y

sufrió esas transformaciones que permiten recrear el mundo, una mujer que comprendió que después de hacer un descubrimiento, lo esencial no es percibir aquí y allá resplandores que los demás ni siquiera sospechan, sino que hay que apoderarse de ellos y usarlos para que la historia no se detenga. Manuela Sáenz fue una mujer fecunda, de fecundidad universal, fue una mujer que en vez de soportar un destino había elegido su vida dotada de una meta, de un sentido, su existencia encarnaba una idea. Cada cosa, su meta, el sentido, la idea ocupan un lugar justo, aquí, ahora, para siempre.

ncuentro con

mi profesor
Humberto Vacas Gómez

A Humberto Vacas Gómez le tomo de la mano y empiezo a sentir su calidez y le invito a regresar al pasado, ese camino ya recorrido en el que todos y cada uno de nosotros, seres humanos, hemos ido dándole forma particular a nuestra vida con nuestras felicidades, nuestras alegrías, nuestros amores, nuestras metas cumplidas, nuestras satisfacciones nuestros logros, y también, como antípodas de esa historia vital, nuestras tristezas, nuestras angustias, nuestras frustraciones, nuestras carencias. Esas experiencias pasadas de las cuales somos dueños absolutos, pues como decía Sigmundo Freud, de lo único que podemos considerarnos dueños seguros es de nuestros sueños y de nuestro pasado. Retomo ese pasado con mi querido Profesor de Literatura, el Lcdo. Humberto Vacas Gómez, siento que mi adolescencia se agita en los interrogantes de un cuerpo en crecimiento frente al mundo de afuera que no me da respuestas precisas y subo por las gradas de mi Colegio “24 de Mayo” y veo el edificio con su fachada renacentista, nuevamente mi mente bulle con los deseos de conocimiento, una mente en sazón pronta a estallar en florecencias. Entro a la sala de clases y al sentarme en mi pupitre me llegan de todas partes los rostros alborotados de mis compañeras y le esperamos a usted para emprender la aventura de rodearnos de la sabiduría de todos los tiempos de la que usted, querido Profesor es parte y guía.

Esa sabiduría suya, querido Profesor, hacía que el aire tenga olor a fresco, como a hierba recién cortada y sus palabras tenían los refle-

jos poseídos de la vida que brota y palpita en los pensamientos, en la creatividad, en el uso del lenguaje, en el sentido preciso. Todas nos sentábamos a su alrededor, tratando de compartir una ración de su vitalidad, para saciar, de alguna manera, nuestra sed de perfección, y usted con su erudición caudalosa nos envolvía en su magia verbal que parecía disociarse en miles de ideas como espirales girando, indefinidamente y nuestra adolescencia sentía la vibración lejana y cercana que penetraba en nuestros oídos, nos recubríamos del sonido de sus palabras como una fuerza agitadora de nuestra inteligencia, alargando el tiempo y el espacio haciendo uso de aquella paciencia lenta que permite gustar y degustar el placer que dura. Oírle a usted, querido Profesor, era como soñar en la verdad y vernos de repente rodeadas de sabiduría y ahí estaba Don Quijote de la Mancha diciéndole desde las nubes a Sancho Panza: "... los perros ladran Sancho, luego avanzamos..." y así fue nuestro héroe Don Miguel de Cervantes Saavedra y nuestro lenguaje, nuestro amado español iba abriéndose con su riqueza y hermosura que adquiriría una fuerza vital en su voz de tono enérgico y armonioso y con el peso erudito de su presencia. Y sus alumnas esperábamos sus clases como se espera la luz del día. Quiero destacar una experiencia mía muy particular cuando en un viaje a Grecia me encontré frente al Olimpo, su montaña más elevada, rodeado de nubes azules y recordé nuevamente mi adolescencia y las clases enriquecedoras de mi querido Profesor.

Mi relación con Humberto Vacas Gómez, mi añorado Profesor, había cambiado de fisonomía, ahora éramos compañeros y amigos en el grupo América y nuestra amistad aumentó su caudal con la presencia cálida de Isabel, su esposa, también antigua y querida amiga mía. Y vuelvo al encuentro con el Olimpo, la mansión de los dioses celestes gobernados por Zeus. Y me sentí otra vez en las bancas del Colegio y usted, querido Profesor, nos revolucionó la mente y el espíritu con las Musas, hijas de Zeus, dios soberano, ser supremo celeste, principio del orden y la justicia, morador del Olimpo desde el cual gobernaba el mundo. Y nosotras, compañeras colegiales con la curiosidad marcada en los pliegues del uniforme bailábamos con Terpsícore, la musa de la danza, con Clío invadíamos la Historia, con Uranía indagábamos el

misterio lejano de los astros, con Erato sentíamos la fuerza agitadora de la poesía lírica, a Melpómene la veíamos con su máscara trágica y sus atributos heroicos y Talía con su corona de hiedra reina de la comedia y admirábamos la mímica de Polimia y oíamos la música cadenciosa de Esterpe y también Caliópe con su dominio de la metáfora épica. En este mundo mágico usted querido Profesor, era nuestro suscitador y nuestro guía. Con las musas revivo una experiencia personal, cuando usted me felicitó delante de mis compañeras, pues consideraba que una composición que escribí sobre las hijas de Zeus, era la mejor del curso. La sonrisa y el color encendido de mis mejillas me duraron mucho tiempo.

Y salgo del Olimpo y otra vez me enredo en los recuerdos y abro su primer libro de poesía “Canto a lo oscuro”, del cual Augusto Arias, opina: “Vacas es poeta de disquisiciones trascendentales que quisiera sacar de la oscuridad en que se encuentran los problemas de la vida, a la claridad de una exégesis implacable. Cantó a la tierra y a las cosas olvidadas e inútiles”, es el comentario que consta en el Diccionario de la Literatura Ecuatoriana, Tomo V.

Querido Profesor, he dado vueltas por las gradas del Colegio por sus corredores y patios, por los pupitres y los pizarrones, por sus enseñanzas que eran como una fuerza agitadora de inteligencias, por su magia verbal manejada con maestría, por su erudición caudalosa, por su vívida expresión de búsqueda, por su voz con precio propio, por las verdades mágicas de sus clases de Literatura. Me siento nostálgica y a la vez remozada de este encuentro con mi Profesor Humberto Vacas Gómez y quiero finalizar mi artículo, citando algunos de sus pensamientos de su prólogo del Libro “El Ecuador en el Siglo 20”, publicado en el Periódico El Comercio en su 75 aniversario:

“La tarea más premiosa es buscar y encontrar el equilibrio de un mundo regido por la ciencia y por la técnica, pero también con justicia social y libertad. Lo importante es averiguar si las prodigiosas conquistas de la ciencia y de la técnica, servirán para hacer más feliz al ser humano. Si la justicia, el bien, prevalecerán sobre la injusticia y el mal. Hasta aquí es más bien decepcionante la historia humana en su larga y tormentosa trayectoria sobre la tierra”.


“El hombre sigue explotando al hombre, las naciones poderosas subyugando a las débiles...” “El principal factor del estancamiento económico y social de nuestros pueblos es la falta de preparación del ser humano...” “Cerca del 50% de la población de este Continente no recibe educación alguna...” “Si no se hace un esfuerzo gigantesco para descartar los déficit educativos, todo lo demás que se haga serán paños tibios. Es necesario bajar a la realidad y sacudirse de las costosas utopías que han desviado por más de un siglo el destino de América Latina”.

Y ahora, querido Profesor e inolvidable amigo, quiero dedicarle este acróstico:

*Humberto Vacas Gómez
Un ser humano excepcional
Mente lúcida, corazón abierto a las
Bondades y lo hermoso de la vida,
Entrega total a sus principios,
Revive y vivirá siempre en sus obras y en
Toda su exuberante historia vital,
Orgullo del país, honra de todos.*

*Veraz, íntegro, creativo,
Amante de la paz y la justicia
Caminante incansable de la vida,
Atento al mundo, abierto a las ideas,
Sembrador de cosechas abundantes.*

*Grande y humilde como todos los grandes,
Ostensible y palpable su interés por los otros,
Magnífico en darle cuerpo a las ideas,
Envolviéndolas en la riqueza del lenguaje,
Zeus y las Musas orillando el recuerdo de mi profesor y amigo*

 Encuentro con

Alicia Yáñez Cossío

Primero conocí a Bruna perseguida por la muerte y las oscuridades del color negro y agobiada de luto y soroche, me identifiqué con ella desde la primera página, me involucré con su vida, es decir, con sus sentimientos, con sus pensamientos, con sus luchas, con su rebeldía, sobre todo, con su rebeldía, Bruna “plena de vida y de emociones propias”, “era producto de la fábula, de la leyenda, del tiempo estancado como un charco de agua sucia, de la tristeza, de las estaciones, de las montañas, pero se buscaba a sí misma, hasta encontrarse”. Y se encontró, después de buscar en los caminos bifurcados de sus venas, en los latidos de dos sangres de su corazón. Tratando, en su lucha perenne, de ser dueña de su experiencia vital y de construir su universo con lo íntimo de su ser, en un medio en el que “las mujeres solo podrían tener contacto con la aguja, la escoba y las ollas”. Cuando sus pensamientos se atrevían a ir más allá de los aleros de sus tejados, eran causa de escándalo y ellas mismas se reprimían porque creían que obraban mal. Las mujeres eran “unos ovarios gigantescos vestidos de negro, donde se gestaban hijos en serie y supersticiones en masa” y Bruna, a pesar de los tíos, de las tías, de las hermanas, de la ciudad dormida y del soroche, se repetía que la vida es hermosa y como una exploradora de un nuevo mundo, se lanzaba a los descubrimientos con toda la pasión que la envolvía y así descubrió que “era mentira que la boca había sido hecha solo para comer o reír. No, la boca había sido hecha para el beso” y gozó de su voluptuosidad descubierta y estrenada.

Y así yo seguí a Bruna y hermanándome en su lucha por destruir estigmas sobre su condición de mujer y porque su feminidad defina a un ser humano cabal y completo. Cuando finalicé la lectura de “Bruna Soroche y los Tíos” de Alicia Yáñez Cossío, sentí una necesidad vital, imperiosa de conocer a su autora y me dije: “Solo una mujer completa, puede concebir una obra completa”.

Es así como empecé a indagar y averiguar, ya conocía el alto sitio que ocupaba y ocupa Alicia en la Literatura Ecuatoriana y de América Latina, ella nos ha adornado la vida y ha enriquecido al Ecuador con su basta producción en todos los campos de la Literatura: poesía, teatro, relato, novela, cuentos infantiles, obras pedagógicas. Pero mi objetivo e interés era conocer a la persona con la que me sentía hermanada en las ideas y la rebeldía. Y la encontré y ahí estaba Alicia, su sensibilidad me envolvió como un halo luminoso y cálido. Hemos tenido la oportunidad de compartir la experiencia enriquecedora que supone formar parte del Grupo América, de conocida trayectoria cultural, literaria y científica, en nuestro país y, desde entonces, mis encuentros con Alicia siempre me han dejado esa grata sensación vivificante de amistad y solidaridad. A este encuentro le voy a dar una característica especial.

En el comienzo de mi artículo, me referí a Bruna y cómo la conocí. Iré comentando sobre los personajes de las obras de Alicia que de una u otra manera me han impactado. Es así como me encuentro con las mujeres que pertenecen a la “Cofradía del mullo del vestido de la Virgen Pipona” y ahí están Las Benavides, mujeres lorquianas, hijas y nietas de feroces Bernardas, desesperadamente yermas, sacrificadas en aras de su tradición inquebrantable; las mujeres Pando que odian a las mujeres Benavides y ellas, las Benavides, han de vestir y desvestir a la Virgen, cincuenta y tres veces al año, en igual número que la cincuenta y tres avemarías del Rosario. Todas han de llevar el cinturón de castidad con que nacieron y que pesa tanto como la vida de las mujeres Pando que tienen que trabajar de sol a sombra, porque la vida es así, porque como decían los cuatro viejos Pando: “a quien Dios quiso, hombre lo hizo y la mujer a parir”. Yo añado: “y a quien no le pudo ni ver, le hizo mujer”.

Y ahí está Alicia nuevamente creando y recreando personajes femeninos enredados en la violencia machista y siendo víctimas y cómplices. Doña Carmen, una mujer aparentemente luchadora y en el fondo sometida a los prejuicios, se autocandidatiza como Diácono o Diaconesa y va con ella su “currículum vitae” que se desparrama en ocho páginas de hermosa caligrafía y ahí está todo lo que de ella quiere que se sepa, a excepción de su fecha de nacimiento y donde se lee que ha hecho una amplia labor apostólica, cultural y, en los ratos libres, ha escrito una novela titulada Rosicler del Campo, para exaltar las buenas costumbres y la piedad cristiana...” y doña Carmen Benavides sigue emergiendo de la mente de Alicia: Es la Presidenta Vitalicia y ad-honorem de la Cofradía del Mullo del Vestido de la Virgen Pipona. Es Presidenta Fundadora Activa y Vitalicia del Instituto Femenino de Buenas Costumbres, es Miembro Fundador Activo y Vitalicio de la Academia Diocesana de Historia de los Milagros de la Virgen Pipona; y Alicia sigue con la maestría que le caracteriza, manejando las ideas y vistiéndolas del lenguaje justo y adornándolas con ironía y una deliciosa malicia. Como una antítesis de la figura hierática de doña Carmen Benavides, Alicia le da vigor y valentía a Manuel Pando, jefe de los desplazados mestizos, que se atreve a mirar de frente al enemigo poderoso *“imprime sus hojas subversivas y mientras da vuelta a la manivela, cae en la cuenta, una vez más, de que está solo, tremendamente solitario e íngrimo como estuvo Jesús en muchas tardes y sabe que está solo frente a una ciudadela que debe derribarse, sacando una a una las piedras milenarias del cimiento, sabe que debe limpiar la argamasa con que están unidas y sabe que debe construir nuevamente un pueblo donde se viva al ritmo del corazón y de las razones naturales, un pueblo con escuelas, hospitales y jardines donde el aire sea más delgado y limpio”*.

Y ahí está Alicia hablando en el pensamiento de Manuel Pando y sus ansias de remendar los caminos con amor y libertad, en una geografía retorcida por la injusticia en la que *“los Pandos son morenos, mestizos, de la tierra, los Benavides son rubios, blancuzcos, de otros lados, los Pando son pobres, los Benavides son ricos, los Pando son el pueblo, los Benavides la clase dominante... Los Pando van a pie y se movilizan a lomo de mula, los Benavides van en carro y se movilizan en aviones, los Pando tienen tierras secas y gastadas, los Benavides las tierras generosas”*.

Sigo sintiendo a Alicia en su inconformidad constructiva frente a un mundo que siempre ha sido y sigue siendo desigual y en el cual el misticismo, esa ansia de infinito que a veces nos agobia pero también nos vivifica, transformado en una religión con un Dios hecho a imagen y semejanza del ser humano; “...como están las cosas, la *Cofradía del Mullo del Vestido de la Virgen Pipona* no puede existir solo para ocuparse de los vestidos y de salvaguardar la moral y las buenas costumbres, sino para la defensa de la religión amenazada por la horda de los impíos comunistas que se dicen ateos sin empacho y quieren apoderarse de los bienes que tantos sudores les ha costado a los ricos...”. Luego siento la necesidad de tomar la mano de Alicia y decirle que necesito su compañía para emprender un nuevo viaje y conocer a la mujer que “Vende unos ojos negros” y Alicia solo acepta acompañarme hasta la orilla de la charca donde María y la “mala amiga” intercambian angustia y zozobras. Y ahí me quedé envuelta en otro de los mundos “alicianos”, me gusta el término. Fui testigo de cómo María logra salir de la charca y manda dentro de una maleta a García, su esposo, y sus menudencias. Y una vez ganada la libertad, debe enfrentarse a Freud y los poderosos abismos del inconsciente y se enreda en los interrogantes de un Test que le invaden por todas partes. Y ahí Alicia, que no María, eleva su protesta desde su libertad amenazada “¿qué derecho se tiene de hacer preguntas a nadie? ¿Con qué derecho el empleador hurga en las secretas intenciones de la conciencia y de la vida íntima del que pide trabajo? ¿Con qué derecho se penetra a la fuerza en el cercado espiritual para instalarse en la intimidad que debe conservarse a media luz? ¿Por qué tanta opresión, tanta ignorancia de lo que es un ser humano?”

Siempre Alicia y su rebeldía con la que cubre de brotes nuevos sus caminos abundantes, y le oigo “...la dignidad del trabajo es una palabrería empresarial para mantener a costa de los principios de dignidad humana condiciones no superadas de esclavitud. La dignidad del trabajo es un mito cuando se trabaja por necesidad...”. Y María debe vivir el mito vendiendo belleza en inglés “los productos de belleza Christine Farrow de Nueva York “mundialmente conocida y preferida por todas las luminarias del cine y la televisión”. Y así soy testigo de la intrepidez de María al remontar del charco hacia un arco iris: el Hombre con mayúscula:

“entonces sí se encontraba al Hombre, había que decirle sin rodeos: Venga conmigo, usted y yo vamos por el mismo camino, pero yo no vendo nada soy incomparable y tengo unos ojos negros, que tampoco se venden porque me sirven para mirar la vida con la ternura redonda y simple de un nuevo ser humano que ha ido evolucionando y ha dicho ¡basta! A todas sus miserias”.

Y sigo encontrándome en medio de ese mundo multifacético de Alicia y ahora me remonto al cielo inmenso para otear el mar inmenso y me parece que diviso unas perlas gigantes, las Islas Encantadas, formando un collar iridiscente alrededor de un ser de muchas cabezas y muchos brazos, y ahí están: Morgan, el pirata inmortal, tan inmortal que tal vez nunca existió si no en la fantasía hecha cenizas de Iríada, tratando de despertar la dormida o más bien dicho la aprisionada ternura masculina a través de la sensualidad de su cuerpo femenino; Aliario el incansable poeta enredado en sus versos inacabables “porque supo que escribir era el acto más solitario y egoísta”; “Fritz consumido por el fuego sagrado de la ciencia”; Esternia la maestra, una frustrada Prometea, latiendo en las alturas del Parnaso mitológico desde las Islas Encantadas, esperando sin esperanza a la Princesa Ana de Gran Bretaña y transformándose en una brillante luciérnaga sempiterna; Tarsilia, madre de Iríada, con su corazón agujereado, huérfana de la orfandad de la hija evaporada en el vacío; Brigita, poseedora de los secretos de las plantas y en misteriosa afinidad con el viento, el sol, la luna y liberada en las sinuosidades del humo hecho nube eterna y el enorme Pan Caliente del gringo Richarson, y San Pío Pascual y Santa Livina apoderándose de un Dios al que le aprisionan en sus mezquindades, y en “Más allá de las Islas”, está Alicia con su enorme poder sobre la fantasía y la realidad y yo le pregunto: ¿Alicia, no son las dos, fantasía y realidad, lo mismo?

Y con ese interrogante, tomo la mano de Alicia y le pido que me acompañe a los laberintos reales y fantásticos de “El beso y otras fricciones” y ella, nuevamente me deja en la puerta de entrada, con esa su mirada a la vez tierna y a la vez enigmática y estoy en medio de los militares, quienes al subir al poder adoptaron, como una de las primeras

medidas, suprimir el uso de los relojes; el tiempo se relajó y al relajarse el tiempo, desaparecieron todas las tensiones...” “Se vivía en la civilización del ocio, todos trabajaban en lo que les gustaba, nadie lo hacía por dinero, si no por placer. La gente era tan feliz que verdaderamente le pesaba el tener que morirse. “Los militares habían encontrado su razón de ser”. Un feroz dictador transformado en el perrito amante de una perrita cokier spaniel. María Dolores que a sus 200 años de vida sintética decidió no vivir más. Los relatos “Un hombre trigo”, “La Pesadilla”, son descripciones sapientes de los contenidos profundos del inconsciente y ahí le señalo a Alicia que me ha dejado asombrada su conocimiento cabal del funcionamiento complejo y enrevesado de ese inconsciente que está presente en todos nosotros con sus características específicas: es atemporal, ilógico y dictatorial. Y así sigo mi trayectoria, y en cada página siento que Alicia me está escrutando y como diciéndome: tú Fabiola, como Psicóloga qué te parece mi manejo del mundo del inconsciente y yo le digo que ella tiene una maestría en todos los conocimientos.

Y luego estoy frente a un personaje que me ha creado muchas confusiones y también Alicia solo me acompaña hasta la portada del libro “Aprendiendo a morir” y me deja con mis interrogantes: ¿Quién fue, cómo fue, por qué fue Santa Mariana de Jesús? Y trato de comprender a la heroína desde su época, el Siglo 17 y trato de no intelectualizar, si no de adentrarme en el ser humano, y no en la Santa, y me cuestiono como persona y como psicóloga y trato de imaginarme a Alicia inmersa en ese mundo de los archivos históricos del Siglo 18 el de la beatificación de Santa Mariana y tratando de empatizar con ese personaje hasta cierto punto esotérico y enigmático, cuyo destino fue determinado el momento que empezó a respirar el aire de este mundo, *“la madre, el sereno, la lluvia, la noche, la estrella y la palma, pregonan a los cuatro vientos que en Quito ha nacido una santa”*. *“Marianita ha cumplido tres años. Es pequeña, endeble, delgada como la caña de maíz que se entrega al viento. No come nada”*. *Y así la niña ha empezado a ahogar su condición de niña –ser humano– “se vuelve tranquila, modosa, apacible y empieza a asumir el papel que le asignaron desde el instante en que vino al mundo”*. *“Le han dicho que es el propio Dios quien le ha mandado los*

achaques que padece porque la ama...” Piensa que la india Catalina también la ama y sin embargo trata de quitarle sus dolores, no puede entender por qué el amor y el dolor cuando vienen de Dios, se dan la mano”. Y así su cuerpo lesionado por ella misma reiteradamente, y yo diría, cruelmente, se transforma en un múltiple camino de expiación. Y Alicia afirma que Mariana “no conoce el masoquismo” pues “no hay placer en la tortura porque la sensación de dolor está presente, no hay tristeza porque la defiende, como una coraza de hierro, la alegría” y ahí me atrevo a discutir y disentir ese planteamiento de Alicia, pero debería ser una discusión en privado y así la Santa Marianita de Jesús Azucena de Quito, sigue y seguirá en los altares y en el cielo de Quito, pendiente de que nuestro Pichincha esté quieto y se porte bien y nuestro políticos se sigan balanceando entre sus dogmas y artimañas.

El otro personaje femenino recreado por el talento incansable de Alicia es Dolores Veintimilla de Galindo y su atormentado corazón y en ese encuentro solo menciono mi inconformidad con la claudicación de Dolores. “Y Amarle pude...” ya ha sido presentado en forma precisa y brillante por Humberto Vacas Gómez. En sus “Retratos Cubanos” encuentro a Alicia inmersa en esa controvertida Cuba de ese controvertido Fidel Castro, mirando y sintiendo las experiencias de todos los días de la gente que vive en esa hermosa Isla con el derecho a pensar la vida a su manera. Y Alicia con su deliciosa ironía titula a una novela suya “La casa del Sano Placer” en donde todos se juntan pero nadie se acompaña. “El Cristo Feo” que alguna vez discutí con Alicia que yo pensaba más bien en un “Cristo Sucio”, pues podría transformarse con una limpieza redentora, pero Alicia decidió que el “Cristo Feo” debía permanecer feo por siempre.


Todos los seres humanos comenzamos nuestro ciclo vital frente al mundo, siendo niños y al seguir enfrentando las etapas evolutivas: pubertad, adolescencia, juventud, adultez, ancianidad, siempre tenemos un perenne niño latiendo, apoderado de nuestros sentimientos y sensaciones que hace que podamos jugar con la vida y así nuestra actividad lúdica nos recrea como una luz aun en los momentos oscuros y así encuentro a la niña Alicia en sus juegos con los niños, en sus Talle-

res Infantiles y es la niña Alicia que se escribía con su abuelo imaginario, que lo ubicó en África y sus calores, y jugando, jugando fabricaba pergaminos en los cuales le daba vida a ese abuelo que solo le pertenecía a ella y así compensaba la carencia nostálgica de sus abuelos reales, a los cuales no pudo conocer. Un día Alicia decidió que su abuelo se muriera en la misma África y fue tan real su muerte que hubo lágrimas de pesar en su casa. Y la niña Alicia en sus talleres infantiles, abriendo con los niños caminos abundantes y presentándoles a una abuela pícarra que viaja a España a ver a sus nietos, y lleva como compañeros de viaje a su perro Gufi, a la gallina Lucía, a la tortuga Carolina y logra burlarse de todos en el largo viaje y en su enfrentamiento con la severidad de la Aduana Española. Aquí encuentro a la niña Alicia desde su “abuelez”, me gusta ese neologismo, estimulando las travesuras de sus nietos. Alicia, la niña Alicia, la abuela Alicia se me hizo evidente solo con sentir la ternura de su mirada y lo dulce de su voz al conocer a su vivaz nieta Baltasara.

Y sigo encontrándome con la niña Alicia cuando da vida, como solo ella sabe hacerlo, a Pocapena, el niño indígena envuelto en las actitudes intrusivas de sus compañeros “blancos” entre comillas, en la escuela ajena con un profesor ajeno y uno lentes ajenos que le permitían ver al mundo ancho y ajeno.

Mi encuentro con Alicia a través de su inagotable creatividad, de su ternura, de su calidez, de su valor frente a la vida, me ha enriquecido de muchas maneras.

Alicia Yáñez Cossío, orgullo del país, honra de todos.

ncuentro con

Gustavo Alfredo Jácome

Este es un encuentro con Andrés Tupatauchi, el protagonista omnipresente de la novela palpitante y eterna de Gustavo Alfredo Jácome hombre multifacético, orgullo del Ecuador. Su libro traducido con acierto al francés, por Danielle Pier idioma cadencioso, con ritmo de cuerpo vibrante: “Pourquoi les hérons se sont allés”, he sentido que Andrés Tupatauchi se ha enredado en los sonidos algo extraños para la intimidad de su propio lenguaje ya sacudido por los significantes y significados del inglés: “Pita ñuca cari” “Qui suis-je” “Who am I” ¿Quién soy? ¿Podrá contestarse, en qué tiempo, en qué ritmo, en qué honduras?

Voy a limitar mi diálogo con Andrés Tupatauchi al español que ambos conocemos, cada uno desde su propio camino vital, desde sus propios sonidos.

Es importante indicar que en ese diálogo voy a utilizar muchas citas textuales del libro “Por qué se fueron las garzas”.

En primer lugar, no sé cómo tratarle Dr. Andrés Tapatauchi: ¿de usted?, de tu?, de vos? Porque siendo como soy, una “misha”, una “huayrapamushca”, no deseo disgustarle. Creo que nos entenderemos mejor si me dirijo a usted Dr. Andrés Tupatauchi, así de usted, y le sigo en la búsqueda de su esencia allá arriba, en la frente infinita de “Taita Imbabura”, o entre las cosas arrimadas de cansancio y las calles en-callecidas del trajinar de las pisadas algo clandestinas de los habitantes

de Quinchibuela. Usted mismo se pregunta desde sus latidos ancestrales: ¿quién soy, de quiénes vengo, dónde encontrar el rastro de mis pisadas anteriores? Y así usted Dr. Andrés Tupatauchi se sigue enredando en las páginas de los libros con letras que le suenan a “pingullo” y desde el país de la grandeza donde usted habló en inglés durante siete largos o cortos años, no sé, y Karen lo agringó convirtiéndole en Mr. Tupatauchi. Me pregunto si usted más bien así diluyó sus caminos y sus búsquedas se le ensombrecieron y por eso usted se aferraba a su vestimenta ancestral, a su “guango” andino.

Y así usted asomó en la prensa de la Universidad y nos dice: “Príncipe heredero del Tahuantinsuyo estudia en la Universidad de nuestro país”, era el titular de la entrevista que publicaban junto con unas cuantas fotos en las que ya aparecía con mis compañeros, recibiendo clases, estudiando en la biblioteca, conversando en pasillos y jardines”.

Y usted Dr. Tupatauchi, mezcla recuerdos de varias épocas y de pronto casi oigo los latidos apresurados de su corazón por la niña blanca Rosalinda, y fue sofocado por su atrevimiento y se dijo: *“Tenía que arrancarle de mi pecho y todo dentro de mi se negaba. Yo ya no tenía esperanza alguna. ¿Por qué entonces me moría por ella? ¿Por qué no se “miba” de la mente sus ojos, su cara, su personita? En las noches, en esos libros, en esos campos, me dolía más que nunca haber nacido indio, ser lo que era, un pobre runa y sin embargo, sentir lo que sentía. Me quería morir”.*

Pero usted no murió, usted se encumbró en el aire y como cóndor dueño del aire fue a atracarse de inglés y sabiduría. A su regreso a Quinchibuela se reivindicó y su frente resplandeció como Taita Imbabura.

“Pero era mismamente cosa de no creer que el Andrés, ido al extranjero haya vuelto hecho doctor, como blanco nomás, igualando al blanco nomás y que a más de hacerse doctor se haya hecho también rector del Colegio fundado en Quinchibuela y que esté mandando a “maistros” blancos, a secretarías blancas, a empleados blancos”.

Y usted Andrés provocando y provocándose revoluciones internas: *“un ambiente de soliviantación, de racismo al revés, comenzó a fomentarse en Quinchibuela. El no atinar qué hacer ni qué pensar era mayormente problemático en los padres de familia indios de otras parcialidades, amarrados todavía al amito sumercé, al pordios patroncito. Viendo lo que veían, un runa como ellos mandando en el Colegio, en despacho de rector, oyendo lo que oían: Si, señor rector, a sus órdenes señor rector, no sabían cómo tratarle, cómo mismo saludarle al entrar en el rectorado y verle sentado en el sillón del amo, tras escritorio de patrón, con secretaria blanca al lado. Por fuera ca, indio mismo estaba pes, guango, poncho, calzoncillos, tonces ca a de ser de saludar Mingachiguay tío Andrés, pero dentro del Andrés un blanco estaba metido pes. Será nomás de saludar como a blanco. Alabado sea el Santísimo Sacramento amo Dr. Tupatauchi. El mismo susto, los mismos sudores, que al tratar a blanco. Qué jodida esta mezcla, indio con título de blanco, indio con mando de blanco”.*

Qué pensaba usted de sí mismo Dr. Andrés, cómo, dónde ubicaba a su yo interno, a esa su mismidad llena de contagios, cómo se podía pertenecer en la forma de sus genes amenazados y es ahí que usted indaga e indaga para salvar a ese sí mismo diluido.

Y ahí está Mama Occllo, la Coya, hermana y esposa del Inca Manco Capac y ahí está usted y su hermana gemela Mila juntos, muy juntos desde la oscuridad del vientre materno y pensando cada uno y sintiéndose cada uno en la pertenencia mutua diluida en los ardores de los lechos y haciendo que el corazón, los corazones se agranden por otros rumbos y la culpabilidad se le haga neblina. Y usted nos dice desde su desconcierto: “Se me cortó el cuerpo, la Mila, todo yo turbado seguí leyendo: Una hermana suya con la que estaba muy unido para hacerse cargo de la casa del corregidor. Me llené de preguntas: Si el corregidor no llegó con una mujer, su hermana con la que está muy unido, ¿será también su esposa? Don Alonso, por Inga, seguía la costumbre de los reyes incas de casarse con su hermana la “Coya” ¿Y será por lo mismo lo que siento por la Mila? ¿O será tan solamente porque soy su hermano gemelo? “Mamíticos, casaditos nacieron. Desde el vientre de la mama, cusa y guarmi, marido y mujer”.

Y esa cercanía de palpitaciones lo culpabiliza y lo envuelve, en tibiezas y sigue usted Dr. Andrés Tupatauchi llenándose el alma para adentro, orillando el mar de su mundo interno y tratando de que los mordiscos de afuera no logren lastimarlo.

“Oiga, créame se les está haciendo un daño a los indios con eso de civilizarlos. Ellos son felices como están. Si, créame... Porque vea usted lo que está pasando, en el Colegio se les aconseja cepillarse la dentadura y usar dentífrico y se le comienza a podrir los dientes, dejan su tostado y sus yuyos para comer con aseó y manteca y se llenan las tripas de una mar de bichos, los que van al Colegio y a la Universidad se vuelven comunistas... y las longas estudiantes que ya usan calzonario se hacen putas. Les estamos jodiendo a los indios, créame y ellos a su vez nos joden. ¡No sé cómo la rosca del tal Dr. Tupatauchi ha echado a perder el proyecto de los casinos de la laguna!”

Pero usted no bajó los brazos Dr. Andrés Tupatauchi y la rebeldía como motor en movimiento, los unió en el Comité “Rigcharishan”, Despertemos, “Reveillons nous” y usted como Presidente sacudiendo las palabras de protestas seculares, llenando los oídos de los “mishos” con la fuerza del amor propio, de la autoestima, despertándose por fin y peleando por sus derechos conculcados en el color de la piel, en el sonido de la voz, en el relámpago de los ojos y logrando que taita Imbabura se sienta plétórico de orgullo y de viento. Y usted y su raza reivindicándose y creciendo hacia arriba con visiones de ritmo propio y hartándose de pasado cada vez con más fricción. *Y le veo a usted “un medio día recargado de problemas del Colegio, de la Cooperativa, del Comité “Rigcharishan”; el Dr. Tupatauchi salió del rectorado y en vez de encaminarse al almuerzo, tomó por un caminito que iba de la mano con una de las acequias orilladas de berros. Quería mandar en las aguas sus problemas. Y el agua corría contorneándose, desnuda completamente con un cantar fríto. Sin darse cuenta, llegó a su niñez al llegar al abandonado proyecto del estanque, la cocha de los guilli-guillis de sus años patalsuelo. A los tiempos, pensó... y se vio metido en esas aguas... Jugando con el susto de los bichos... No sé por qué yo pensaba que esos eran nuestros muertos, los muertos de la Rinconada, de Sagsahuaico, de Pilchibuela, y ahora, de Colta, de Guagraloma, de Tigua, de Sigsipamba, de Aztra, de Renca, de*

Puguo, de Cajamarca. No alcanzarían miles y miles de cochas de guilli-guillis. Pero viendo bien esta cocha más se parece a Quinchibiela. Los guilli-guillis somos nosotros, los naturales”.

Pero a usted Dr. Andrés la sangre de Atahualpa se le revoloteaba en arco iris que reverdecía en sus orgullos de ascendencia real y eso de los guilli-guillis les pasaba a los otros, no a usted Monsieur le Docteur, y su rebelión de siglos afloraba: *“Has pensado bien Andrés Tupatauchi, sería una especie de desquite. Una manera de vengar a tantas víctimas en tantos siglos. Si, antes que pasen las iras...”*. Días más tarde el rector iniciaba el juicio de expropiación de unas hectáreas pertenecientes a la hacienda de Quinchibuela. *De nada valieron en esa vez los pataleos de los dueños, la banderada de sus apellidos que olieron naftalina...”*.

Y así usted Dr. Tupatauchi recuperó el coraje de sus campos arrebatados y treinta hectáreas se llenaron de aulas y de alumnos abrazándose a la madre tierra y fructificándola. Nueva reivindicación, nueva recuperación de la memoria.

“Y entonces Andrés Tupatauchi, tenemos que desamortiguar nuestra prehistoria, de la que nos hicieron perder las pisadas. Porque lo primero que hizo el fraile, el encomendero, el corregidor, fue quitarnos la memoria. El fraile la memoria de nuestros dioses buenos, para cambiarnos con un dios terremotero, malgenioso, vengativamente infernal, hecho a imagen y semejanza del blanco. Un dios traído por una manga de buitres de trapo que cayeron sobre el indio para, en vida mismo, antes de mortecina, comerle el hueso, y una vez muerto, embodegarle en el gran latifundio del purgatorio para seguir, también en “lotra vida”, mercadeando con misas, responsos, novenarios”.

Y sigue en su incansable búsqueda Dr. Andrés y escudriña cerros, lagunas, árboles y paredes lacradas de misterio, para vivificar sus genes: *“...una mañana después de toda una noche de no haber podido pegar los ojos, me encontré caminando hacia la vieja casa de mis taitas que permanecía botada. Cuando estuve ya cerca ¿A qué vine?, ¿A qué? No pude dar. De todas maneras seguí. Puede que estando adentro. Al abrir la puerta ennegrecida a humo lento, ya me di cuenta que lloró de otra manera. Me quedé parado hasta hacerme a la oscuridad y entonces detrás de la puerta, trabajosamente arrimado a la pared de adobes, encontré a mi*

abuelo, muerto hace muchos años. Más que por nada, le reconocí por el poncho y el mismo silencio en que siempre vivió. Por el cansancio de todo su cuerpo, por su postura dolida, me pareció que sufría”.

Nuevamente Dr. Andrés Tupatauchi su sangre goteándole en su pasado y hurgando la muerte para encontrar sus huellas. Y usted tal vez sin quererlo, o desde su inconsciente trata de regresar a la oscuridad donde empezó todo para usted y para Mila.

Me atrevo a hacer un señalamiento psicológico: Usted se juntó a la gringa Karen, algo ajena para sus raíces para tratar, sin conseguirlo, de desvanecer en su íntima intimidad, la solidez de sus vínculos desde la oscuridad del vientre materno, con su mil veces suya Mila, hermana y más que hermana, y usted mismo dice con las palabras latiéndole: “*Y vuelvo en mi después de qué tiempo y en qué tiempo y entonces los dos somos dos, dos sentados en una cumbre que flota y que debe ver el huacayñan sin guacamayas, porque desde aquí contemplo los escombros del diluvio, la destrucción de las aguas desbocadas. Abajo para los otros se queda todavía el sol. Aquí estamos en otro mundo. Como con sabanazo bajo la niebla con su cara de compadecida, desvaneciendo todo, guardando entre algodones hasta el siguiente día, sus cumbres, sus árboles, sus balidos, sus símbolos, su silencio, su propia soledad. Y se hace nada. ¿Dónde estamos? ¿Dónde estoy? ¿Dónde estás? Dónde, dónde”.*

¡Miláa, Miáaaa, Miláaaa!

Et tout deviene néant. Oú sommes nous ? Oú est tu? Oú. Oú.

Y así Doctor Andrés Tupatauchi le he acompañado hasta su estremecimiento ese que provocó, que las garzas no volvieran.

Encuentro con

Luis Miguel Campos

Comienzo con un recuerdo personal, mi primer encuentro con Luis Miguel y su libro “Precipitación de la alborada” y me veo compartiendo las angustias de un desarraigo. Ese encuentro talvez olvidado por él, o, más bien, nunca retenido en su memoria, se me volvió presente cuando me enfrenté, por primera vez con el manuscrito de la “Zorrilla del Cañaveral” y debí conocer a Abel, Abel en singular, el único Abel desde el principio hasta el final. Creo que cuando Luis Miguel nos aclara tanto que en la segunda parte del libro decide dar a luz a otro Abel, es porque está cuidando de la primera imagen de su criatura a la que hace víctima de un homónimo, para permitirle conservar la corona del Reino que brilla en la miel de la caña de los cañaverales y para que pueda preservar su inocencia y su capacidad de asombro en el milagro de los pastorcitos de Cova de Iría y así, Luis Miguel dedica cada una de las páginas (hermosas y terribles páginas) de su libro a Abel principio y final, luz y sombra, dulzura angelical y malicia demoníaca, el extranjero en el mundo de los hombres pero también dueño del mundo, el refugiado en la angustia pero también el poseedor de la verdad, el solitario y desterrado pero que convoca a muchos seres y constituye el centro de la reunión. Abel, dos veces Abel, dos veces como todos los seres humanos.

Vuelvo a Abel y a mi encuentro con su realeza y lo percibo sintiéndose omnipotente con su espada gloriosa hurgándole las entrañas al universo y debo conocer a Simón, el Marqués de Cova de Iría, y mi-

ro su rostro con la piel brillante y los ojos agrandados ante el poder de su rey, pero también volviendo a la opaca realidad y sintiéndose un niño y pensando que él y sus compañeros de escuela *“solo eran unos niños que apenas sabían de la mentalidad de los hombres, pero que podían percibir ya la fuerza atónita de la violencia”*. Un niño de seis años que frente al acoso brutal de sus mayores se siente temeroso de *“que algún día también será como ellos”* y *“Cerraba los ojos y repetía constantemente hasta aprendérmelo de memoria: aunque tiene solo seis años debes comportarte como un hombre mayor, como un ser sin consecuencia, como una bestia imperfecta venida de la nada y cuya carne es corrupta... si de nada valgo, si de nada sirvo, ¿qué me importará entonces morir...? Balbuceaba lentamente, como si se tratara de una oración que obligatoriamente había que rezar antes de dormir, porque dormir y morir eran ahora la misma cosa... aunque entre frase y frase sintiera el orgullo de saber que a los seis años había desenmascarado a la humanidad”*.

Debí conocer a Luis Miguel, Abel, Simón también en su Zorrilla Marcela, nieta del Rey Marsupial Dormido, monarca del Cañaverál, hija adoptiva de una cotorra y cuya existencia comenzó de una aventura que dio lugar a una leyenda y vi el reino del Cañaverál para lo cual debí treparme, con mucho esfuerzo, al techo de la Capilla que, a pesar de estar “en pleno centro de la ciudad” permitía, pues la hermosa magia infantil lo permite todo, mirar un frondoso bosque de cedros junto a un brillante cañaverál. Y así, con asombros y cansancios, seguí conociendo ese estremecido mundo de Luis Miguel que yo había presentado en ese primer encuentro. Luego estaba el hermano Javier con el “cansancio irreversible de su vejez” que le imposibilitaba enfrentarse a la agobiante verdad de la fantasía y por eso confundía un vital redil de ovejas con el parsimonioso trazo de la letra M. Y me dio pena su cansancio que trastocaba la majestad de los Andes con la nieve de “los Alpes desconocidos que surcaban otra geografía con distinta historia”. Me indigné, desde la pequeña niña que aun llevo dentro, esa parte mía que no le he permitido crecer, (tal vez por eso me he involucrado tanto en este encuentro con Luis Miguel y su Zorrilla del Cañaverál), ante la cabeza cuadrada de padre Monseñor y he tenido ganas de hacerle morisquetas cuando, desde la cuadratura petrificada de su mente aplaudía

”los complejos que enajenaban a los aborregados y se formaba falsos juicios sobre los comportamientos que debe tener un varón” y mi indignación, infantil y femenina, crecía cuando con su voz de siglo 18, le oía decir: *“Este, dijo Monseñor para terminar su largo sermón, es y ha sido siempre un instituto de categoría, un sitio de mucho prestigio donde se ha educado lo mejor de nuestra sociedad. Este plantel tiene, a lo largo de cincuenta años, su historia que es su mejor estandarte, el más sólido y vigoroso testimonio de que aquí se observan las normas establecidas, que rige el cumplimiento exacto de los deberes para con los hombres y para con Dios, y es todo esto justamente, el motivo de su relevante categoría”*.

Y esa maldad cegada por ideas preconcebidas seducida por las otras maldades, penetrando en la inocencia de Abel y de Simón, violándola con un canario disecado, tratando de dejar sin luminosidad el reino de la Zorrilla del Cañaverál: *“¿...por qué se han alejado tanto de los otros? ¿Qué les ocurre, qué han tramado? ¿Por qué no se acoplan a los juegos de los otros niños? El fútbol, el baloncesto. La comunidad ha hecho todo lo posible por crear un ambiente propicio para la sana diversión del alumnado ¿qué les hace falta entonces, por qué sus juegos se convierten en cosas privadas, ocultas?... Recalcó lo de “privada y ocultas” al tiempo que fruncía la vista y nos escudriñaba con sus ojos diabólicos”*.

Y después me encuentro con Leonardo, santurrón abnegado y reprimido, tapando su miedo al mundo con las historias de mártires y santos y ahí está el alumno Rosas, el toro, transformado de un sospechoso hijo de un abominable padre masón, en un digno hijo, digno alumno de un ilustre padre ministro. Pero, a pesar de todo, la estructura y el entorno del toro Rosas siguió siendo maleable, manipulable, enjuiciable, aunque lo iluminara la visión fugaz, el deslumbramiento regio que ocasionara la presencia de su hermosa madre. Y continuó en mis encuentros que van poblando de imágenes pasadas, mi ser íntimo y siento como que voy reconstruyendo un sueño, pedazo a pedazo, latido a latido, escenas en parte inconexas de una niñez tan remota que me parecía procedente de una profundidad indescriptible y sin darme cuenta tropiezo con Carlitos, portaestandarte de los “babositos”, los niños de la primera fila, siempre pulcros y almidonados, respondiendo

con la respuesta correcta, situándose en la perspectiva adecuada, repitiendo la prehistoria y haciendo pensar a la cabeza cuadrada de padre Monseñor que Simón y Abel eran dos malsanas criaturas enredados en una relación turbia. Luego descubro desprevenida y escalofriada, a Armando, el niño fálico, amedrentando a Simón, con el poder de su sexo, tratando de despojarlo de su reino del cañaveral y enturbiando las majestuosas aventuras de la zorrilla y haciendo que Juanito balbuceara desde su piel, desde su cuerpo escarnecido y su espíritu quebrantado, pero reforzado de algún modo por Simón y su grito de rebeldía: *“entonces ¿qué?... comenzaba a sentirme molesto porque era como si de repente un intruso escudriñara en mi mundo misterioso y quisiera sacarme a mí también de allí, a la fuerza... ¿por qué no le cuentas a tu mamá lo que sucedió con Armando? ¿Por qué no vas donde ella y le dices toda la verdad? ¿Por qué no le cuentas detalladamente lo que los niños mayores nos están haciendo y diciendo siempre? ¿Por qué...?”*

Y ahí estoy yo con Simón tratando de acunar a Juanito, envolviéndolo en un tumulto de luz, llamando a la zorrilla Marcela para que escape de las garras de Marieta, de ese mundo de los hombres, enajenado, ávido y sin esperanza, ahogando las fatigas infantiles y haciéndolas inútiles en su deseo de crear, dejándoles sin la resonancia de un deseo delicado. Pero Simón y Abel y Juanito y yo, ahí con nuestra necia aspiración secreta de conservar el cañaveral y su encantamiento y pensando qué temprano, qué malditamente temprano hemos entrado al siglo 20 y tratando de vestirnos de ángeles para entrar más pronto al cielo y yo tratando de encontrar a Luis Miguel para pedirle su ayuda, a su delicado oído para emprender el retorno a los jardines encantados. Pero sigo adelante y me percibo junto a Simón en el último día de clases sintiendo como *“un profundo vaho de tristeza, una sensación inexplicable de nostalgia, como si las cosas que iba dejando no las fuera a hallar otra vez en mi retorno de las vacaciones. Dios mío, de repente, qué me sucedía. ¿Es que sentía la presencia de un extraño presagio que comenzaba a obrar en mí? ¿Es que estaba dejando de ser niño? No, no podría ser no aun...”*

Y una y otra vez me encuentro con Carlitos y su padre, repitiendo fórmulas en el bullir de sus genes, seres de plástico oliendo a Coca

cola, reivindicándose y maravillando a Simón con el mar y su brusca modificación de las distancias: *“¡Dios mío de dónde ha salido tanta agua. Yo quería caminar por la playa. Quería mojar mis pies en las lenguas del mar que iban y venían lamiéndome los tobillos. Quería recorrer toda esa extensión prodigiosa de arena que podía, fácilmente, para mi entendimiento ser infinita”*

Y así sigo por la ruta de Simón y lo encuentro ante su familia defendiendo la luminosidad de Abel y siento la despiadada ironía con la que describe la perfección de ese grupo impecable. Esa familia perfecta de la sociedad ideal estigmatiza a Abel y a Simón frente al mar, aprende en un instante lo que se le había escabullido en sus once años de vida por trajinar demasiado con la zorrilla del cañaveral, la rata Marieta, el Marsupial Dormido. Carlitos, el perfecto, quiebra la aventura marina de Simón, enturbia el olor húmedo que da turgencia a la piel niña, y me siento dolida nuevamente y recuerdo a la piel de Juanito ennegrecida por el ansia fálica de Armando y Luis Miguel me obliga, nuevamente, a sentirme impotente, que es como flotar sobre la nada, y presencio otra violación con las palabras y con las intenciones: *“Carlitos... ¿por qué odias a Abel? La espuma de las aguas era abundante, como si las nubes se hubiesen bañado en el océano. El viento empujaba las olas sobre la arena y el murmullo de los caracoles y todos los otros ruidos de la naturaleza se silenciaban para oír nuestras voces. ¿Odio? No se trata de eso... Es solo una cuestión de simpatía, ¿entiendes? Hay gente que te es simpática con solo verla y otra... ¡puaj! Pero y Abel ¿por qué? Tú sabes, él es... Nuevamente el mar. Las olas se levantaban furibundas y se llenaban de agua para volverse montañas vivientes sobre los lechos marinos. Avanzaban veloces y se precipitaban sobre la playa. La ira de la naturaleza, implacable y furtiva en el mundo de los hombres. ¿Él es qué?... ¿maricón...?”*

Y sigo buscando a Luis Miguel para que me ayude a salir de la ruptura, que me permita lavar sus palabras estranguladas, sumergiéndolas en la pureza del mar y así rescatar a Simón. Hablar con él y decirle que lo más valioso de la vida se aprende conociendo la lluvia, hablando con el sol, los ríos y los bosques, haciéndose invisible para poder dominarlo todo y paralizar a los enemigos conservando los deseos

mágicos de la infancia para así transformar las cosas y aplacar a los demonios. Pero los gritos de Carlitos ahogaron mis palabras: “Abel y yo, ¿qué?... ¿Abel y tú son maricones...o no? Sentí que la sangre volvía a estancárseme en las venas. Que un corrientazo de mil voltios me sacudía sobre la tierra. Sentía furia, furia y miedo, miedo e ira. Las manos me temblaban. No esperé un solo segundo más y me abalancé sobre el niño. Le di de golpes y patadas mientras él se defendía y trataba de huir de mis ataques. Sin embargo, yo no podía detenerme, quería expulsar de mí toda esa extraña reacción que me había hecho víctima de deseos incalculados. Ya no se trataba del niño paciente y mojigato, del ingenio y estúpido muchachito de once años si no de una fiera, una bestia desconocida que se levantaba de su sueño y dominaba al ser con el que había sobrevivido en simbiosis durante mucho tiempo. No sabía aun las razones precisas de mi conducta, ni siquiera entendía las palabras directas con las cuales se me atacaba, pero existía una sospecha de que aquello era un terrible insulto. Una especie de crimen o culpa que yo había cometido con Abel, un pecado imperdonable que debía expiar.

Y yo tratando de explicar a Simón que él era el Marqués de Cova de Iría, que tenía bajo su mando a las cañas del cañaveral y a la astucia de la zorrilla Marcela y que no permita que Carlitos destruya su paraíso que olía a vida pura y eterna. Pero ya Simón “aprendió todo lo que jamás había aprendido en seis años de escuela. La vida cruda, escueta, clara, sin disfraces ni subterfugios, pasó ante mí y me aprisionó en un sistema de nuevos códigos y lenguajes”.

Y Luis Miguel no me da respiro y me hace cómplice de un ser abominable, un psicólogo infantil que enreda a Simón en los supuestos secretos de la mente. Y pienso que Luis Miguel se está vengando, con deleite y sutilmente, de algún momento en el que deseó tomar distancia de una imagen que guardó en su recuerdo para construir con ella un pequeño monstruo con muchos tentáculos: inconsciente, subconsciente, consciente, inconsciente, subconsciente...

Cuántas veces se ha pretendido evocar el espesor del mundo y medirlo con esas indagaciones que, se supone, gestan proyectos. Búsquedas, ansiedades, orígenes. Y otra vez me siento empujada hacia la

maldad del mundo y es Abel el inmolado, Abel expulsado, Abel vejado, Abel humillado y ultrajado. Abel con un peso a cuestras, con un tumor en la conciencia, con una soledad inmensa que le arrastraría por el borde de la vida. ¿Quiénes Carlitos, quiénes?... Y en esa escena brutal, los Carlitos siempre limpios y apropiados en todos los caminos, escabulléndose siempre en el último momento, escamoteando la luz y la armonía: *“Las olas del mar, la marea alta que lavaba las playas, que arrastraba la suciedad de la arena, que purgaba las cicatrices con sal. El viento que soplaba implacable sobre el agua, el sol que lo alumbraba todo con un fulgor incontenible. El cielo combado sobre la tierra, las nubes ocultando la impureza del universo. Los hombres cabizbajos formando hileras infinitas a las puertas del infierno”*.

Y sigo las huellas de Simón andando una historia de desencantos y aprendizajes, descubriendo detrás de los ídolos que se forjaba, un mundo de carne y hueso, de hueso y sangre, decepcionante y vulnerable en el que no tenían cabida ni el rey Abel, ni la zorrilla Marcela, ni mucho menos, el cañaverál. Todos sus alegres y felices pasos van perdiendo el ritmo y él se obstina en seguir, se esfuerza para resguardar su frescura y poder respirar en el cañaverál. Pero empieza a sentir miedo, miedo de crecer (¿o decrecer?) Y de no poder disponer más de pasadizos secretos que lo conduzcan a la claridad: *“A los once años se podía saber muchas cosas, se podía tener una sabiduría inusitada y un deseo inexplicable por no querer vivir más. Un delicado pinchazo en el centro exacto del corazón y una veta incurable por la cual la sangre se comenzaba a derramar”*.

Luego Simón encuentra desolado que su huerto está sucio y desperdigado, el milagro se había esfumado y los pastorcitos de Cova de Iría estaban de rodillas frente al vacío y Abel lo invita a descender “hacia un pozo oscuro y sin salida, hacia el único lugar en el cual se puede permanecer a salvo...”. Y es ahí cuando Abel desaparece y Abel vuelve en su declive, iluminado y misterioso.

Nuevamente Luis Miguel me lleva a otro encuentro con Simón que está sintiendo que sus primeras flores se van marchitando, que hay algo siniestro en el aprendizaje de la realidad, que su fantasía está

siendo cortada por caminos ciertos, que su voz está transformándose y su paraíso, desvaneciéndose como la distensión de un arco iris. Y me asusto ante los cambios del mundo de Simón y me contagio de su asombro y su impaciencia y cierro los ojos y pido a Luis Miguel que no le permita perder la concepción mágica de la vida: "...algún día tendrás que crecer inevitablemente y entrar en ese cuarto oscuro. Algún día serás como los otros... pero mientras tanto, mientras el aroma dulce de las cañas invada tu corazón, entonces seguirás siendo niño por siempre y amén..." Simón enfrentándose con su voz nueva, su cuerpo buscando otros límites haciéndosele gruesa la piel y la mirada. Pero soñando, felizmente, en los mismos sueños, y la zorrilla Marcela olfateando su origen en las paredes sin tiempo de un convento, dejando el cañaveral y sus resplandores, esa pálida extensión fluida que se desplegaba ante los misterios y en la profundidad de los delirios oníricos. Y una y otra vez la persistencia del pensamiento organizado asestinando la frescura y la inocencia y domesticando el ansia de enigmas y secretos: *"En todas partes la situación es similar. He hecho una recopilación minuciosa de informaciones de varios alumnos de colegios religiosos sobre todo, en los cuales los incidentes son parecidos. En la década de los sesenta aun era admisible la ley de la vara o del palo que tanto éxito obtenía en las escuelas. Regios castigos para imponer la disciplina y peor aun: ¡con el consentimiento de los padres!"*

Y me encuentro en un rincón como esperándome al Diario de Abel y sus declives, sus inquietantes metamorfosis, destrucción y poesía, descubriendo un mundo interno en el que orden y desorden le dan una fisonomía ambivalente, lo transforman en un ser dicotómico que se siente capaz de fabricar felicidad en todo lo que toca con sus alas de ángel de cabellos claros y, al otro lado, en la otra cara, ese ser en declive, desmoronándose, precipitándose en el vacío, en un continuo declinar, arrastrando sus orígenes en un eterno desfiladero. También me encuentro, otra vez, con Luis Miguel tratando de preservar en el silencio el tenue resplandor de los cañaverales, y recuperando para Simón aquel reino casi perdido, para permitirle refugiarse en él, para escamotearle el miedo y permitirle ser coherente consigo mismo. Y la zorrilla Marcela trazando su historia como quien dibuja una neurosis y sus dinamismos

inconscientes con la cadencia de unos versos, como quien está predeterminada a encontrar el punto alfa, ahí, allá e ir gradualmente emergiendo desde los comienzos de un proceso.

Y Luis Miguel me obliga a ser testigo de la transformación del cuerpo de Armando en un enorme falo con el que desea poseer al universo en el codiciado cuerpo de Abel el hermoso, quien se alimenta de odio saludable. A Simón lo veo tratando de deslizarse como un ser invisible, a través del mundo, interesándose en los menores matices de las nubes, en los pequeños latidos de las horas, dándole cuerpo al pensamiento y un nombre a sus inquietudes y quiere ascender hasta la cumbre de Joyce, trepándose en los libros, quiere volver a la Zorrilla del Cañaveral escarbando su rastro, quiere reconocer emociones, nombrar una gama creciente de afectos que van siendo reconocidos por sus latidos adolescentes, quiere hacer proposiciones al mundo, quiere fecundarlo, quiere mostrar que no hay destinos ligados a las sombras, quiere mostrar que hay aire, que hay espacios incontaminados que se pueden ensayar respuestas auténticas con un lenguaje capaz de develar zonas reprimidas e inexploradas. Y Simón empieza a estrenar su nuevo cuerpo, sus células inéditas tratando de encontrar un ritmo fresco y siento como su confrontación con la realidad lo desangra otra vez pero intenta curar sus heridas con la prolongación de sus búsquedas en la oscura parsimonia de su vida cotidiana y le escucho decir: *“Quería vivir a plenitud mis dieciséis años mal cumplidos, quería, quería, quería... Cerraba los ojos y trataba de disfrazar nuevamente ese sentimiento de imposibilidad. Tomaba otro libro y lo abría en cualquier parte. Comenzaba a sumergirme en la vida ajena de un ser que yo quería que me poseyera, que se adentrara en mí e hiciera que mi cuerpo retomara sus experiencias. Lentamente, un experimento casi diabólico y súbitamente la aspereza de las hojas estériles. Fruncía los dedos en la contextura de los libros, mordía las carátulas llenas de dibujos lejanos. Volvía a cerrar los ojos y maldecía”*.

Empiezo a angustiarme y trato de pedir auxilio a Luis Miguel para que me ayude a detener a Simón en su huída porque tengo un deseo enorme de verlo crecer en sí mismo, de percibirlo reforzado en su

realidad íntima, en su ansia de enfrentarse a sus conflictos con respuestas sostenidas en sus manos, tratando de no ser frágil y vulnerable y de poder, limpiamente, acercarse a Abel y tratarlo con dulzura. Pero mis anhelos se abaten en una fatiga inmensa y tengo la impresión de adentrarme en una pesadilla, comenzar a hundirme en un sueño y escuchar, como a distancia los gemidos de Abel: “*Simón... ¡contesta! Quiero ser tu amigo... Me había excusado con un pretexto tanto con palabras rápidas en frases largas, con gestos hipócritas o un prolongado silencio. Había dejado que el auricular cayera y que la proposición se desvaneciera como si nunca hubiese sido formulada... Simón... ¡contesta!... ¡los dos contra el mundo!... Tenía miedo. Un sentimiento brutal que me recorría por las venas y hacía que la sangre se paralizara irremediablemente... Solo pensé: ¡Qué dirían los demás!... Abel y Simón juntos, Abel y Simón amigos... y por lo tanto mariquitas. Deseché esa idea de mi cabeza y traté de olvidarla, pero me fue imposible. ¿Qué sucedería si los otros chicos del curso, Armando, Carlitos, Pepe y sus amigos, descubrieran que nosotros éramos cómplices y que habíamos iniciado una gran amistad? Seguramente me mezclarían a mí en sus asuntos, me llevarían también a ras-tras hacia el patio y...*”

Y me veo ya sumergida en la pesadilla y trato de empujar de mi sueño al padre Monseñor y sus sucias manos intentan tocarme desde el valle de los muertos y empiezo a luchar por Simón, por Abel y los miro, y los siento impotentes y entonces me empiezan a crecer los brazos y tengo mil dedos y veo a Luis Miguel junto al rey y al Marqués de Cova de Iría y la zorrilla reluciendo en sus brazos y grito para que todo se detenga. Pero mi pesadilla no funciona y siento que Simón trata de devorar para no ser devorado, y en ese trajinar suyo en esa reconstrucción de imágenes, abandona a Abel el hermoso y angelical Abel una vez más y creo que mi pesadilla se torna siniestra y Simón es cruel, cínico, y Abel, diabólico. Ambos empiezan a manejar al mal, cada cual a su manera. Abel se instala en el centro del miedo de los hombres y lo maniatada con miles de amuletos, reivindicándose en la angustia de los otros. Abel ya no puede sentirse seguro con nada ni con nadie y se defiende de su miedo incontrolado e incontrolable con una agresividad igualmente incontrolada e incontrolable: todo es peligroso y sin protección

alguna y a través de Simón, leo sus torturas interiores: *“hay dos tipos de muerte, la una la del cuerpo y la otra, la más dolorosa e insufrible, la muerte del honor. Cuando el honor se ha perdido entonces ya no queda nada. Yo fui muerto hace mucho tiempo, fui humillado y menospreciado, destruido brutal y despiadadamente, mientras mis asesinos se disputaban las sobras de mi cadáver y creían jugar un juego inocente. Frente a la muerte de mi honor ya nada importa, ni siquiera la muerte de mi cuerpo. Todo el tiempo he estado pensando en la forma adecuada para vengarme, para recuperar ese honor perdido, para volver a poner las cosas en su sitio y que reine la absoluta paz”*.

Y nuevamente Luis Miguel, Abel, Simón, la zorrilla, el cañaveral y sus esplendores, y yo sintiéndome un personaje más, reviviendo pasos ya caminados, identificándome con angustias ya dejadas en la espalda, respirando, otra vez, permanencias ligadas a la propia infancia. Cuando lo único que necesitamos son modelos simples, limpios para ir emergiendo en las nuevas identificaciones con los rostros espléndidos, con los ojos bien abiertos a la verdad simple y limpia de las cosas, así podemos asumir mejor la complejidad de lo real. Y soy testigo, tantas veces testigo, de la despedida de Simón, dejando once años de su vida metamorfoseada entre las páginas, dejando perplejidades en las letras, bruscas modificaciones en los pensamientos y las ideas y el padre Monseñor resucitando en el cuerpo del padre rector y en la frialdad pétreo de su mano, recia como una piedra, sacudiendo la tibieza de la mano de Simón y hurgándole su interior conmocionado y diciéndole, a pesar de todo, una verdad: *“Creo que usted ha vivido una infancia a plenitud”*. Yo asintiendo, si creo que sí, Simón, Abel, zorrilla Marcela, creo que sí Luis Miguel. Ninguno de ustedes se ha dejado atrapar por el mundo de los hombres. No creo en el suicidio de Abel, no creo en la muerte de la Zorrilla del Cañaveral. No creo que ninguno de ustedes pueda tener una muerte eterna y junto contigo Simón: cerré el cuadernillo por última vez y lo volví a abrir nuevamente. Nos hemos hecho hombres, lo sé. Hombres de carne y hueso que se enfrentan a los vientos del destino, como pararrayos a las tormentas; hombres con miedos y esperanzas, sobre quienes caen infalibles los relámpagos de la adversidad y el contratiempo y nos rompe las cabezas, estrellan nuestros

convencionalismos, nuestras tradiciones perennes e inmutables, los valores vigentes impuestos por una sociedad caduca. En nuestros cráneos secos y duros se nos contrae el cerebro y perdemos la capacidad de pensar, de crear, de amar y de ser, y nos volvemos tristes objetos repetidores, animales de costumbres. Dejamos de existir, eso es; inmóviles bajo las lluvias torrenciales de los percances y los malos ratos, entre los juegos pirotécnicos de un cielo amenazador que nos hace comprender tardíamente nuestro destino: ¡debemos sobrevivir!

¡Bah! Ese es como un grito, no sé con qué extraños sonidos pero creo que todos ustedes se han negado a envejecer, que seguirán viviendo a plenitud, alertas a la Fábula Humana, desentrañando sus bloqueos, sus silencios, sus olvidos. Tú Luis Miguel, tan vital aun en tus lamentos siendo siempre tú y tus circunstancias. Me he sentido primero como una intrusa escudriñando en tu mundo misterioso y de pronto, estuve ahí, formando parte del misterio. He querido superar la anécdota de tu libro, escrito con pasión y valentía, y he pretendido mostrar a plena luz el significado de todo lo que has escrito: no hay nada abstracto en sus páginas, todo está indisolublemente metido en la existencia.

Nos dices, Luis Miguel, que de tarde en tarde te gusta pensar y escribir. Sigue pensando, sigue escribiendo, sigue atento a la riqueza que hay dentro de ti y deja que Abel y la Zorrilla y Simón nos permitan mantener ese espacio de luz que hay en todos nosotros desde el comienzo del camino.

*E*ncuentro con

*el hiperrealismo existencial de
Mauricio Salgado Vejarano*

Comienzo con mi PRIMER PUNTO DE GIRO, de un giro que para Mauricio estuvo engarzado con las palmeras y el océano de Atacames que, como todos los océanos, nos amenaza con su ruido y con su inmensidad y donde un minotauro, morador de un laberinto, se alimenta, voraz, de los días y las noches de Mauricio y ahí mi encuentro inicial con ese punto de giro que, a pesar de situarse en otros tiempos y en otros espacios, me identifica en las sensaciones (Lectura del Poema introductorio).

Yo, Fabiola, testigo comprometida de la existencia de Mauricio y de su realismo agigantado, lo recuerdo en su niñez, rostro infantil, fresco, abierto a un mundo aun inentendible para su cuerpo en eclosión y vuelvo al presente, sentada en un tren que me transporta de Buhara a Samarkanda mientras leo “LOS QUINCE AÑOS DE HIPER REALISMO EXISTENCIAL DE MAURICIO SALGADO VEJARANO” y miro por la ventana un mar oscuro de arenas ondulantes como las olas del océano de Atacames y me digo que el tiempo es un enorme laberinto de intrincados caminos que nos confunde para que no podamos acertar con la salida. Por un momento me siento protagonizando una experiencia irreal y como que empato con ese hiperrealismo de Mauricio en mi reciente travesía por las inmensidades soviéticas, y nuevamente estoy en ese tren que va hilvanando, como hábil costurera, las arenas de Uzbekistán y estoy ahí después de veinte y tanto años de ver crecer a

Mauricio en el jardín de su casa y en el jardín de la mía y me pregunto, dónde está ese minotauro, esos minotauros que han medrado de nuestra sustancia, y trato de encontrar una respuesta salvadora que me tranquilice y de pronto me encuentro con las veinte salidas, veinte poemas, sin acertar qué hacer con todos esos quince años de ese realismo agigantado que me impacta y me compromete.

Y miro por la ventanilla del tren y veo extrañas formas oscuras que se contorsionan como indicándome algo y sí, ahí está la primera puerta poema con: “*LA NOCHE HINCA SU ESPADA EN EL FLANCO DEL DÍA, EL SOL IMPULSA SUS ÚLTIMAS LANZAS DE FUEGO*” (Lectura del Poema I).

Un cielo de Quito llenándose de sangre cuando el sol impulsa sus últimas lanzas de fuego y qué hago yo ahí en ese tren custodiado por un cielo oscuro de insondable oscuridad, a miles de kilómetros y a miles de días de esa aventura de Mauricio que extrañamente describe la noche en la que me encuentro y la distancia y el tiempo dejan de existir. Pienso que Mauricio es poseedor de una singular clave poética, eterna, omnipresente, que con su ubicuidad abarca todas las realidades irreales. Nuevamente el vaivén del tren y un sonido sigiloso levantando las arenas y la segunda puerta, segundo poema se abre: “*CUANDO LA EXISTENCIA TIMBRA LA CORRIENTE DE VIENTO PETRIFICADA*” (Lectura del segundo Poema).

Y yo Fabiola, testigo comprometida, cierro los ojos y me imagino a Mauricio adolescente, estirando su incertidumbre en los patios del colegio y buscando las verdades en las caras y en las aulas y lo miro entrando a la tercera puerta poema: “*EN EL PARQUE BOSQUES DE CORAL QUE SE SUMERGEN*” (Lectura del tercer Poema).

Despierto frente a milenaria Ruta de la Seda y la opulencia del Las Mil y Una Noches está ahí, desplegándose en la hermosa plaza de Registán, en el corazón de Samarkanda y le pregunto a Mauricio qué hace en Bogotá, despertándose frente a su cuarto poema: “*ME DESPIERTO DESPUÉS DE UN DOMINGO DE ESPEJOS AHUMADOS Y LUZ*” (Lectura del cuarto Poema).

Mi imaginación de testigo comprometida se agita y creo que desde una azulada mezquita una mano me enseña un camino milenarío y me sobrecoge esa enorme carga de tiempo, Mauricio en Bogotá al final del siglo veinte con su quinto poema y yo leyéndolo frente al Mausoleo del gur Emir que adorna, con su encaje de mosaicos, quinientos años ese palpitante corazón de Samarkanda: “*LA PERSISTENCIA DE TU PRESENCIA ME INVADE*” (Lectura del quinto Poema).

Y sigo con Mauricio este alucinante itinerario de tiempos y espacios confundidos y estoy frente al Jardín de los Poetas enfrentándome a sus expresivos rostros musulmanes y casi creo que uno de ellos me arrebatara los escritos de Mauricio con su mano pétrea y milenaria y recita el sexto poema desde las profundidades de su garganta que está ahí, fresca desde el siglo doce: “*ABRUPTAS MAQUINARIAS DEL ALMA*” (Lectura del sexto Poema).

Dejo Samarkanda pletórica yo de palacios encantados, mezquitas y minaretes enjorjados y envuelta yo en los versos hiperrealistas de Mauricio, voy cruzando el aire por encima de las nubes y bajo en Bakú capital de Azerbaidzhan, agazapada entre las murallas de la ciudadela, sujetándose en sus torres de petróleo para no precipitarse en las aguas iridiscentes del Mar Caspio. Y nuevamente me estremecen las coincidencias pues el poema séptimo, séptima puerta, me describe esa inmensidad de arco iris acuáticos y de hierros serpenteantes y pienso que no importa que Mauricio nunca les haya mirado ahí, si no que les haya sentido en el fondo de su alma: “*MIS BOTAS CAMINAN SOBRE CRISTALES LUMINOSOS DE TODOS LOS TAMAÑOS DE TODOS LOS COLORES...*” (Lectura del séptimo Poema).

Me trepo jadeante por una escalera en espiral y estoy en la cúspide de la Torre de la Doncella, misteriosa, coqueta, guardando celosa el secreto de su nacimiento y desde esa altura veo como bulle impetuosa la vida de Bakú, esa enorme ciudad aureolada de leyendas y riqueza, que se deja besar por las olas del Mar Caspio, como una amante fría e impenetrable a los ardores de su galán de agua y desde esos mil años atrás, en esos torreones soberbios, el poema octavo de Mauricio me hace sentir atemporal, libre, envuelta en enigmas no descifrados: “*FANTASÍA*”

OCULTA DE CADA OBJETO DE CADA PRESENCIA” (Lectura del octavo Poema).

Me siguen estremeciendo las igualdades entre mi travesía y los itinerarios de Mauricio, ¿estremeciendo o maravillando? Como que mi viaje está adquiriendo dimensiones fantásticas y así me encuentro en las oscuridades del Palacio de Sirvan Shakhz, erguido durante cinco siglos y Mauricio desde las oscuridades de su novena puerta poema me dice: “*LA NOCHE SE ROMPE CONTRA LA INDIFERENCIA DEL TRANSEUNTE*” (Lectura del noveno Poema).

Luego mi atolondrada mente se abandona a esa magia excitante de tantas casualidades simultáneas y siento más hondo el significado del hiperrealismo de Mauricio y estiro cautelosamente mi curiosidad y miro que me miran dos ojos penetrantes como las llamas y como las llamas seductores, y estoy en el Templo de los Adoradores del Fuego de Bakú, capital del país de los Fuegos, donde nuevamente empatan el poema décimo nacido en Bogotá y las llamaradas purificadoras del dios petróleo de Bakú y los mitos consagrados en su fuerza poderosa y ahí, entre las contorsiones cadenciosas de los hombres y las llamas leo: “*LAS HOGUERAS EN LOS ABISMOS DE HORIZONTES METASÍQUICOS...*” (Lectura del Poema 10).

Y aun siento la dispersión del fuego de Bakú y los recuerdos se desarticulan más allá del tiempo, mi memoria tiene como un aire vulnerable y me pregunto si esas experiencias no empiezan a palidecer y trato de renovar la lucidez del recuerdo y siento que a pesar de esa enorme solidez del avión que me conduce a Leningrado, estoy ingrátida, efímera, repentina, suspendida en las nubes, y al sol soviético lo veo hermético, como que quiere a mi, extranjera de su luz, quitarme el derecho a usar su calor. En esa inmensidad ajena se me ha achicado el mundo y regreso, como a un refugio, a las palpitaciones de Mauricio, a ese corazón suyo que persiste y no cesa de sentir y en su ritmo hay campos de encuentros, territorios compartidos de la memoria, mares ignotos y efervescencias oceánicas y yo, Fabiola, testigo comprometida, entre las sombras que empiezan a alargarse, miro las nubes como letras del libro, las frases pobladas de un apasionamiento comprometido,

usando hasta el extremo la capacidad de sentir y me figuro a Mauricio en Bogotá buscándose como que hubiera extraviado una parte de sí mismo: “*EL CAMPO DE LOS ENCUENTROS*” (Lectura del Poema 11).

Y luego el reencuentro, ahí adentro, en ese mundo hecho y sentido de la materia misma del propio cuerpo, donde todo puede integrarse en una mitología personal, cuyos significados le pertenecen a Mauricio como le pertenecen sus sueños, y me agita nuevamente esa relación de simetría entre el mundo mitológico de Mauricio y los sitios de mi travesía. En Quito nos habla de la “*sangre de los mártires que guarnecen el camino*” y yo me encuentro en Leningrado entre sus héroes silentes y unánimes, encarnando el desafío, desde sus rostros de granito y sus lozas de alabastro y muchas ansias me aceleran el ritmo mientras camino por ese largo monumento a los Héroes de la defensa de los 900 días de Leningrado y quisiera preguntarle a Mauricio si “*esa daga que encuentra profundidades*” no ha debido defenderle de largos asedios en los que sus fantasmas lo han acosado obligándolo a articular día a día una coherencia distinta (Lectura del Poema 12).

Me arrastra un ritmo lento por los múltiples caminos que se abren a infinidad de posibilidades a las que me enfrento en esa ciudad abierta en mil canales del Neva, en mil islas, en mil calles, en mil plazas, en las mil galerías de espejos del tren subterráneo que me devuelven mi rostro multiplicado en asombros y Mauricio que en Pujilí me habla de un músico engalanado que corretea en su poema 13 y del sol que se hace francés en el poema 14. (Lectura de los Poemas 13 y 14).

Las noches plateadas, blancas de Leningrado, se abren en un resplandeciente homenaje al sol de la medianoche veraniega, exhibiéndose para mi deleite en las filigranas del L’Hermitage, en su valerosa y sólida tersura que se va adormeciendo antes de que se agote completamente la luz y se difumine esa naturaleza esencial que poseen las cosas bellas y, así transfigurada, oigo a Mauricio que me habla del “*gran latido del mundo*” y de los “*firmamentos que posee su espacio interior*” y me encuentro en las entrañas de ese Museo donde la belleza existe en reiteraciones subrayadas por la locura eterna de Van Gogh, la algarabía de colores de Picasso, la alquimia de Dalí, el letargo de Matisse, siento que

mi rumbo solo ha tomado otra dimensión y así oigo la voz de Mauricio y sus latidos. (Lectura del Poema 15).

Desde la fortaleza de Pedro y Pablo erguida firme sobre sus piedras y elevándose enigmática en la arrogancia de su trazo riguroso, una enorme aguja de oro, asertiva y firme, se dibuja en ese Mar Báltico donde los ámbares, que también importan a Mauricio, son como una pátina de omnipotencia encarnada en su iridiscencia amarilla y recorro los siglos que se han quedado ahí sosteniendo la historia y vuelvo a Quito y a Mauricio contemporáneo, rindiendo tributo a su alma con su idioma específico, recapitulando sus metáforas, hurgando sus heridas esenciales y me siento intrusa en su difícil sueño de lapislázulis, ámbares, granates. (Lectura del Poema 16).

Sigo caminante, flotando en caminos que no necesitan de metáforas para ser válidos y me voy hundiendo como arrastrada por la historia, con la convicción inquietante de tener que bajar miles de peldaños, hasta encontrarme con todas las cosas del universo y ahí está ese mundo de fantasía pródigo en luces, escamoteado al vientre, silente y oscuro de la tierra. Ese mundo de brillo, de sonidos que transponen largas distancias, velozmente, sin sufrir interferencias. Veo sombras que empiezan a alargarse como que van al rescate de las tinieblas que persisten, en su lucha, en esa luz gigantesca multiplicada en miles de lamparitas de cristal y por momentos me gana la zozobra de no tener un lugar propio donde sentirme segura y la estación subterránea del metro de Leningrado empieza a adquirir el carácter de un espacio en blanco propicio para que me acosen mis fantasmas y entre esas luces y esos ruidos que dispersan a la gente, el rostro de Mauricio vuelve a adquirir presencia y parece que me señala algo, como una especie de signos cifrados que me sirvan de código para recuperar mis pies sobre la tierra, pero mi apelación no tiene respuesta y el poema 17 me lanza, desde esa bóveda subterránea ennegrecida por una luz gigante, a “*caminos que no existen*”, a “*ríos que no se detienen*” a “*universos inexpugnables*” (Lectura del Poema 17).

Estoy ahora en los mil canales del Delta, recuperada de mi encuentro con las profundidades iluminadas, mirándome en ese río aje-

no con un nombre de mujer misteriosa, Neva, depurando la imagen de mi misma, ahora que estoy en un desarraigo voluntario, lejos de los puntos míos que a pesar de saberlos de memoria, y de que configuran un presente-repetido en una reiteración cotidiana de las mismas visiones, me dan la calidez de la pertenencia, la seguridad de decir mi Quito, mi Pichincha, mi Itchimbía, mi Plaza Grande, la propia y cotidiana noción de ser de algo y de alguien. En mi deambular de extranjera, me quedo mirando el agua y siento ese vértigo dulzón que nos causa también mirar el cielo y de pronto en medio de mi desmayo, asoma una imagen que se va depurando en el aire y tomando su lugar en la perspectiva alargada de uno de los mil puentes, y ahí está la piedra gris que me mira transformada en la recia testuz de un toro mitológico y nuevamente la imagen de las cosas no se me completan si no en las voces indescifrables de la mitología de Mauricio donde mora un “*toro que impulsa estrellas*” (Lectura del Poema 18).

No sé si esté yo en el derecho de hablar de un tiempo que existe y que transcurre porque existe, en este deambular mío, no sé si debo, sacudida por el hiperrealismo de Mauricio, decir: más tarde o en la noche después de mi encuentro con el toro mitológico, estuve frente a una mariposa blanca, liviana, etérea, tenue que encarnaba una bailarina blanca, liviana, etérea, tenue que apenas tocaba el piso brillante como haciendo esa única concesión a las leyes de la gravedad, con el deleite del rostro inscrito en la penumbra del escenario, flotando en la atmósfera de luces y penumbras de esa gran sala de conciertos, dispersándose ella, la mariposa en un gran jardín de sombras, algo en ella, la bailarina, se va afirmando y en el refinamiento de su aleteo asoman, apenas perceptibles las marcas de un miedo secular que contiene su aliento quieto y un ruido demasiado próximo a mi en la oscuridad, cambia toda esa alquimia de perfecta concordancia de sonidos musicales y asoma una violencia escondida entre los encajes del telón, que asume la corporalidad de un fauno apasionado que persigue a la mariposa tenue y todo el escenario se hace carnal y mundano y no dudo que es Mauricio nuevamente transformándose. (Lectura del Poema 19)

Parecería que estoy tocando fondo, yo Fabiola testigo comprometida, mis pensamientos se han abierto al mundo de Mauricio en el

que todo es efervescencia y trashumancia, dispersión, triunfo y derrota, la vida vistiéndose de leyendas y mitos, la soledad y el tiempo desarticulando los recuerdos que se dispersan y huyen y dejan como una ansiosa curiosidad por descubrir nuevas certezas, nuevas imágenes desprendidas de otra realidad coherente y así llego al final en la magnificencia pródiga de Petrodvorets donde todo adquiere dimensiones apoteósicas como los últimos acordes de una sinfonía. Todo ahí es bello, de belleza agobiante, opresora como el sol cuando está apoderado del cielo y lo esculpe con maestría, lo pinta con talento, lo adorna con primor, todo ese quehacer febril alentado por una maniática destreza. Así fue urdido el Gran Palacio de Pedro el Grande, en una isla encantada, transformada en los jardines del rey, donde todo nos llega a través de infinitos intermediarios: las fuentes vertiginosas saliendo de fauces abiertas, de trompetas reluciente, de ojos desorbitados, de canales misteriosos, todos multiplicándose constantemente en resplandores y en asombros. Me impacta la Gran Cascada y Sansón el grande ganándose el universo en el dolor del león derrotado por su fuerza y se me despeja el embotamiento cuando de pronto el Gran Palacio se abre para dejarme otear su mundo que me propone la única y tiránica opción de ser esclava de su belleza. Cada rincón, cada mueble, cada piso, cada cielo raso, cada cuadro, cada escalera, cada columna, es un protagonista absoluto del momento que se nos pone al frente y siento la inclemencia de ese sol que no conoce ocaso y Mauricio está exactamente en el lugar que debe estar en las “*lacúbridas vespertinas*”, en las “*caléndulas perdidas*”, en los “*paseos intuitivos*” en las “*latitudes selváticas*” y en los “*parques del Rey poblados de caminos y transfugas apariciones*”. Él, Mauricio protagonista único, yo, Fabiola testigo comprometida, los dos en ese mundo poblado de objetos irisables, opalescentes, que puede estar y está en todas partes, libre del tiempo, regido por contradicciones y ambivalencias, eterna reiteración del mismo comienzo y el mismo final, Mauricio en Quito, yo en una isla encantada del Mar Báltico, ambos frente a los jardines del rey oyendo el susurro de las hojas de oro y las flores de diamante, jardines del rey donde se confunden nuestras identidades en medio de una multitud lenta y caliente de voces indescifrables que se amortiguan en la vastedad de cosas y de seres y en donde un mar pesado y negro murmura enigmas (Lectura del Poema 20).

Mauricio, he terminado, hemos terminado este alborozo que provoca toda nueva señal de vida que son todos y cada uno de tus poemas. Tu creatividad tiene la fuerza de la semilla con suficiente empuje para brotar de la tierra y, germinando, enriquecidas.

*E*ncuentro con

*Sara Sánchez,
El Itchimbía y una niña
llamada Eliana*

Este encuentro mío tiene como puntos fijos de apoyo varias referencias personales, cuya fuerza mágica ha movido mi pensamiento, mi sentimiento y mi voluntad. Así me he abandonado a ese bienestar que nos procura todo día hermoso. Y eso ha sido mi encuentro con Sara Sánchez, cuyo arte eterno es mi primer punto de apoyo, ese arte atemporal alimentado por su creatividad sin límites, en la cual no hay realidades impuestas ni leyes que la coarten ni fraccionen. El mundo fantástico donde ella, Sara, la inmensa artista, posee la vital fuerza recurrente de la vida. Mi otro punto de apoyo es el Itchimbía ese cerro invadido de neblina, de civilización y de cemento, cuyos árboles, otrora libres, son fantasmas que yacen en algún cielo lejano, indefinido y que, de alguna manera, guardan el potencial suficiente para resucitar cualquier momento que yo lo desee en la zona clara de mis recuerdos de infancia. Y otro de mis puntos de apoyo es Eliana, una niña de cabellos largos, ondulantes, hermanados por un lazo blanco, rostro decidido e ingenuo, ojos de curiosidad inevitable cuya penetrante mirada basta para hacer un ordenado inventario de las cosas. Eliana, un nombre igual que su vestido, etéreo, fluido, intangible. ¡Eliana!, esa compañera imaginaria, protagonista de mis largos días de la niñez lejana, que ha estado quieta ahí en los rincones de mi recuerdo esperando que alguien la despertase de su profunda noche, como a la expectativa de un momento privilegiado para abrir la puerta cerrar y mirar la vida. Ese momento privilegiado para Eliana ha llegado, porque alguien llamado

Sara Sánchez la ha escogido, pues para dejar de ser inexistente es necesario que alguien nos escoja, tanto a los seres imaginarios como a los de carne y hueso. Y ahora, mi amiga Eliana, mi invento infantil, se ha hecho vital, ha encarnado en el mundo maravilloso y mágico de Sara. Eliana... Eliana... la niña que pobló mis reales fantasías infantiles. Yo y ella, ella y yo estrenábamos cotidianamente vagabundeos, excursiones improvisadas de imprevisibles consecuencias y compartíamos los mutismos, el río, las caminatas. Nada estorbaba nuestra libertad de asombro en las laderas del Itchimbía. Y ahora todo eso está ahí esperándome, solamente desde ayer, en todos y cada uno de esos cuadros bellos, cuyo encanto brinda en cada color, en cada trazo, esa sensación de bienestar que nos envuelve cuando escuchamos la voz acostumbrada de la madre o del ser amado. Y no solo encontré a Eliana y su presencia que desbarataba mis silencios de niña, encontré también esos umbrales que me invitaban a penetrar en rincones clandestinos, esas ventanas insinuadas que nos dan el presentimiento de que algo va a empezar enseguida sin que uno se dé apenas cuenta. Esas cortinas casi invisibles que danzan al igual que las nubes y se enamoran de la repentina tibieza del aire. Esos espejos sobrenaturales que, como una concesión, permiten que la realidad vaya lentamente penetrando en su brillo y los objetos y las personas se miran como en un examen recíproco de reacciones. Esos baúles de las abuelas cuyos cajones guardasecretos, permiten el gozoso ejercicio de la imprudencia. Esos armarios cuyo interior ponen a nuestra disposición pasados inéditos y nos dejan a medio camino de la curiosidad y el miedo. Esas habitaciones de pisos floreados, sin pisadas, casi vacíos, pero henchidos de serenidades desusadas, de presencias intangibles pero constantes que nos dan la certeza de que, a pesar de todo, permanecemos siempre en el mismo sitio. Esos patios enfrentados a su propia calma y donde puede ocurrir cualquier cosa, donde la soledad ya no tiene importancia porque no hay a quien referirla. Esa soledad de los patios vacíos que puede ser una mera variante del miedo o quizás un anticipo. Esos patios silenciosos a los que llega el olor de la calle aplastado en la ropa tendida. Esas casas, esas, esas fachadas cuya simple presencia inerte nos dan la impresión de que al abrir sus puertas se nos abren, de golpe, el tupido pasado y podemos oír el trajín de

la madre, su acompasado ir y venir metido, con mucho compromiso en la rutina.

Todo ese mundo interno, uterino de Sara Sánchez, mundo en continua procreación y, en el cual, aun los espacios abiertos, las inmensidades verdes de atmósferas reverberantes de cielos cercanos y malvas que nos rozan los ojos tienen la exuberancia de ese crecimiento interno, como que son un pretexto para ratificarlo. Como que al mirar esos campos y esos cielos nos abandonáramos al bienestar de verlos desde esas ventanas, esos espejos, esos rincones clandestinos donde nos esperan secretos encerrados en los arcones y en los armarios de las abuelas.

Y vuelvo a Eliana, la niña de niñez interminable que existe en y para mí porque Sara Sánchez me lo ha concedido. Es como que esos puntos de apoyo: Sara, el Itchimbía, verdecido con los espíritus de los árboles de ayer y mi niña interior llamada Eliana, me han proporcionado una indestructible fuerza vital para darme la vuelta alrededor de mi misma, respirar hondamente mis recuerdos y penetrar violentamente en un sueño que me resbala sin más, hacia el pasado y aprieto la mano de Eliana a la que Sara ha vestido de tules y encajes blancos, ha peinado con lazos y mariposas, le ha dado un rostro iluminado con una esperanza inmóvil que jamás, nadie, podrá anular. Con esa niña llamada Eliana, de rostro iluminado empiezo mi aventura en la casa del Itchimbía: un hermoso perro me da una bienvenida rabiosa y un loro musita en un lenguaje extraño como pidiéndome una contraseña para dejarme entrar. Me encuentro con la magia de un jardín cuyas plantas hermocean de libertad y las orquídeas enredan su misterio con una confiada e inocente expectativa, como esperando el alimento cotidiano que es su diálogo con Nicolás y su ternura nutriente como todas la ternuras.

Un jardín donde los gorriones, los quindes, los güira churos, los mirlos, tienen pláticas domingueras todos los días y entre aleteo y aleteo, al igual que Sara Sánchez forman trazos repentinos de belleza. Y después la presencia de Quito desbordando las ventanas de la casa del Itchimbía, San Francisco transformado en un resplandor, el Panecillo señalando las posibles trayectorias de la ciudad que crece y se le va de

sus colinas, el Pichincha como aletargado en medio de una neblina, y yo vuelvo a mundo interno de esa casa donde trato de situarme a mi misma, en un lugar, en un tiempo y extendiendo mi mano a Eliana que me mira desde una puerta misteriosa y yo siento que estoy al otro lado de esa habitación de pisos dibujados, amplia con su espacio suficiente para albergar mis miedos y curiosidades infantiles y Eliana me comprende, me extiende su mano y todo se esclarece.

Ella, Eliana, quedamente como si despertase después de una larga noche, me conduce a una estancia con una cama azul donde un niño se esconde ante mi presencia, porque la de Eliana le debe ser muy familiar. Como que tiene un miedo, ese miedo primigenio que se siente cuando el mundo propio es invadido. Ese mundo de la niñez poblado de juguetes y de ventanas con luces que se esfuman. Salimos de puntillas y Eliana toma un muñeco y lo pone en su regazo que se transforma en cuna blanca donde flota el alivio de quien se sabe consolado. Junto a Eliana, otra niña en vísperas de estrenar su adolescencia coqueta, insinuante saborea un helado y mira a su amiga y yo las miro y percibo dos reacciones elementales de un dramático antagonismo y Eros está insinuándose en la lujuriente exuberancia de las plantas con brotes, las flores abiertas y los árboles turgentes que exhalan como hálitos de frescura, y me doy cuenta de que estoy, de bruces, en el mundo ancho de Sara Sánchez con Eliana como guía y protagonista. Y ahí está ella dándome la espalda, atisbándome con el brillo de su cabello suelto y no puedo ver su rostro decidido en ingenuo. Está sentada frente a ese baúl antiguo como los secretos, escudriñando su fondo oscuro y protegiéndolo de mi indiscreción. Sin dejarme lugar a una sola pregunta, casi siento que da vuelta la cabeza y se encuentra con mi asombro.

Necesito recobrar mi densidad, mi peso humano para salir del hechizo porque casi estoy sintiéndome un personaje de los cuadros de Sara Sánchez. Casi toco a Eliana suelta, pelo largo, lazos, sombreros, dos niñas en el campo de hierbas expectantes, gozando de una hora benigna con las mariposas que revolotean sin preocuparse del rumbo de sus pasos y aleteos, como que no arriesgan nada, como que no ha tenido la ocasión de cansarse de algo de ninguna otra cosa que no sea esperar y

repentinamente, estoy de cara al sol en un campo abierto o en un mundo onírico, que en definitiva son la misma cosa. Sueños donde todo está hecho para el que sueña y no para todo el mundo. Por eso somos dueños absolutos únicamente de nuestros sueños. Le pido permiso a Eliana o a Sara Sánchez, no se a quien, empiezo a confundirme para elevarme al árbol rosado donde tres siluetas femeninas, niñas mujeres, mujeres niñas, eclosionan al ritmo de la naturaleza, se hacen ingravidas liberándose de su miedo a crecer con los pies sobre la tierra y así vivir sujetas al rigor de la costumbre. Y las tres niñas-mujeres, (¿entre ellas estará Eliana? ¿Estará Sara?), se regalan ese esplendor de miel que brota de un árbol rosado y que suelta hojas brillantes.

Temo perderme en los detalles de este universo único y olvidar los latidos esenciales. Trato de serenarme, de estar prevenida contra ese peligro de acostumbrarme a lo concreto y perder la magia impresa en las circunstancias cotidianas atrapadas para siempre en estos lienzos de trazos perfectos y colores usados con maestría. Así me abandono a esa magia que acabo de estrenar con Eliana y Sara que vienen hacia mí, tranquilamente, desde el fondo con su realidad de niñas de cabellos largos, vestidos blancos de tul, ventanas abiertas a la luz, arcones secretos, árboles mágicos. Esa realidad va envolviéndome objeto a objeto y tengo la sensación casi enloquecedora de que estoy, de que soy también, un personaje en óleo y no de carne y hueso. Que estoy dentro de los cuadros, formando parte de una escena secreta.

De pronto ese mundo arcaico y femenino es atravesado por una figura abierta al aire y oigo un sonido casi imperceptible y pregunto a Eliana y ella también tiene la mirada absorta en ese niño títere, niño marioneta de cara pintada, manos ocultas lanzadas hacia atrás por unos velos rojos, dando un enorme paso al infinito y siento que Eliana siente que estamos tan lejos del dolor como del miedo. Percibo que es cierto que ya formo parte de esa atmósfera que la respiro como Eliana, como Sara, que somos parte de una fraternidad en la que por fin estoy participando.

Corro por las laderas del Itchimbía y trato de acompañar mi ritmo a los movimientos femeninos, ondulantes de una Eliana sin su tra-

je blanco y me extraña su falda larga y rosada, me parece descubrir el aire inocente de Sara tras la máscara de un niño o se habrá ocultado, misteriosa, en esa pequeña casa de árboles sin hojas, o será ese payasito juguetero que enarbola una bandera como afirmando una incansable holgazanería, o será esa niña de ébano dotada de una enorme fuerza, o ese extraño niño con un enorme sombrero y un pantalón bombacho que rojea el aire y le da un toque de extranjero venido de un lejano país que puede llamarse Flandes. ¿Dónde está Sara Sánchez?

Eliana me toca el hombro con sus dedos de porcelana y me hace caer en cuenta de que ella, Sara, está en todos y en ninguno y debo deslizarme entre esos niños sempiternos que corretean el Itchimbia de ayer. Desconcertada y alegre, pienso que los sueños no se ocupan de niñedades.

Necesito recuperarme de ese alboroto mágico y me adentro en la tibieza de una penumbra donde un espejo hechizado le devuelve a Eliana sus contornos de ballarina en medio de figuras gráciles, cadenciosas, que reflejan imágenes con la virtud de pasar a través de las paredes y oigo los acordes del Lago de los Cisnes y Eliana espera una señal de Sara, desde la ventana iluminada, para dar el primer giro. Parecería que he ingresado al mundo de los espejos hechizados y de las ballerinas gráciles y veo a una niña suspendida sobre una cuerda tenue que flota en el aire, ¿será Eliana en medio de un sueño o en medio de un vértigo? ¿O será otro espejo hechizado atrapando esa imagen intrusa descubierta en una zona prohibida sin luz?

Estoy en medio de un laberinto lleno de mundos posibles acechándome en cada vuelta y Eliana en todas las salidas. Ahí está viéndome arrimada a una pared abierta a cuartos vacíos, paredes eclosionando en flores abiertas, ventanas insinuadas. La encuentro, de pronto, vestida de rosado, (la prefiero de blanco), musito al oído lejano de Sara. En este juego estoy de ida y vuelta, inerme y repetida. Ahora el laberinto toma la forma de un espacio verde donde todo puede ser posible, una mano con un títere parece indicarme la salida y una niña me mira, ¿talvez es Eliana o talvez es su mano la que me confunde la salida? Nuevamente puertas, muchas puertas que se abren o se cierran. Cortinas que se esfuman. Espejos mágicos que reflejan lo que quieren. El pasado re-

tenido en las mesas, los arcones, las lámparas de cristal, plantas que crecen sin darse tregua y como que nada se mueve en aquel profundo espacio. Pero casi oigo el ruido de la calle que se eleva hasta ese aire alestargado... Luego Eliana sale quedamente de aquel cuadro quieto y hace gala de dominar las intimidades y de pronto me mira rodeándose de misterio desde una esquina donde su imagen parece buscar a alguien que le respalde su silencio y los objetos suavizados por la penumbra, siempre anclados en el tiempo. Arcones, sillas, espejos, jarrones y lavacaros de porcelana, un maniquí que viene a ser como un dato que sirva de contraseña de alguien que ha estado ahí. Árboles que se asoman a las puertas, pisos y tumbados coloreados y Eliana participando de esos espacios, enredándose como el sol en las cortinas. Parecería que ella puede prescindir de todo menos de mirar o dejarse mirar. Pero no tiene la mirada caída o fatigada de los seres sin ilusiones, sino la mirada obstinada de quien puede obtener de su fuerza interna un destino y desea conservar lo más íntegro de su mundo subterráneo.

En medio de mis cavilaciones, Eliana me señala un nuevo espacio y al cual solo me permite entrar con la mirada, conservando la silenciosa distancia de siempre. Tengo, por un instante, la casi imperceptible sensación de que estoy a punto de entender el comienzo de ese lenguaje cifrado que estructura los cuadros de Sara Sánchez y experimento un delicioso y a la vez aprensivo bienestar semejante a aquel de mi niñez después de un encuentro con mis fantasmas cuando me arrollaba bajo la cálida oscuridad de las frazadas y comenzaba mis diálogos sin tiempo con mi amiga Eliana, siento un ahogo que se parece bastante a la nostalgia. Tengo la confusa impresión de que Eliana sabe exactamente lo que estoy experimentando y me lanza una mirada de complicidad sentada en el brazo de una butaca. Esta vez su vestido es verde, yo sigo prefiriéndola de blanco. Vuelvo al espacio que me está señalando y tengo esa emoción indefinible que nos causa no lo que uno sabe que espera, sino lo que espera sin saberlo. Esta vez la ventana mágica ha podido, al fin, deshacer la impenetrabilidad del mundo adulto y recuperar aquella pequeña fuerza escondida que nos está reservada cuando somos niños. La ventana, como ave milagrosa, ha volado desde la pared y se ha posado en el piso, iluminándolo... Para que el encanta-

miento sea completo, están ahí unas mariposas suspendidas como sosteniendo la luz de ese momento prodigioso. Todo exhala un hálito de frescura, y la figura infantil, como siempre, es la guardiana del hechizo.


Y sigo formando parte de ese sueño encantado, hermanada con Eliana, solidaria con el disfrute de crear de Sara Sánchez, con esa maestría suya, con ese compás parsimonioso para hacer bellas a las menudencias de todos los días. Como si yo reviviera una costumbre deliciosa, perdida en la esquina donde dí vuelta a mi infancia, correteo con Eliana por los pisos coloreados, tireo las cortinas de las ventanas luminosas, curioseo todo con particular y alegre desahogo, entablo un minucioso cuchicheo con todos esos personajes en los que Eliana se transforma: Niñas pícaras, niñas expectantes, niñas gráciles, niñas hadas, niñas sabias que mueven los labios imperceptiblemente como si pronunciaran ideas en lugar de palabras. Seres con quienes merece compartirse el mundo. Me detengo frente a un telón oscuro, semiabierto a las sorpresas, un escenario en penumbra, un cuerpo infantil insinuado en la fragilidad de un brazo, detalles menudos y parejos de formas suaves, una escalera de inseguro equilibrio, una niña, es Eliana dichosa, de un modo muy especial, como cuando se descansa después de un deslumbramiento. Eliana deja ese mundo interno como liberada del miedo primario, elemental para el cual rara vez tenemos defensas y con una mirada sin sombras, se acuna en una hamaca sostenida en la esperanza y conversa con las plantas libres y florecidas como ella. Yo me quedo sumergida en las paredes, en los arcones, en las mesas, en las bancas, entre los tiestos de helechos y begonias y desde allí soy testigo del mundo abierto donde Sara le propone nuevos rumbos a Eliana y ella sonríe por primera vez desde el punto inicial de mi encuentro. Sonríe porque sabe que Sara Sánchez le ha creado un espacio firme y seguro, para siempre, como cuando se desea el día para que los peligros de la noche no le alcancen. Eliana con un lazo en el cabello suelto, está de pie, saludándome con la seguridad de que ha llegado el momento en que abrió esa puerta cerrada y dijo lo que tenía que decir. Eliana no se detiene, ya nada la detendrá. La miro apropiada de la vida, husmeando al sol, crecida en el campo abierto, pasando debajo de las ventanas canturreando y yo espiándola tras los cristales.

Eliana moviéndose, elevando cometas haciendo cosquillas a las nubes. Eliana vital en el cielo enorme y celestial. Eliana moviéndose cadenciosamente, dejándose adivinar las promesas de los frutos en sazón. Eliana dándome la espalda con su vestido blanco, satisfecha por solo el hecho de vivir, los pies libres en la hierba mojada. Eliana, niña de vestidos anchos y trenzas brillantes, rumbo a la vida con pisadas de quien ha empezado a querer algo después de haber empezado a ser libre.

Así he visto a Eliana, una y otra vez, inmensa, apoderada de la línea equinoccial al filo de una carretera y en ese enorme despliegue de arte y maestría también he sentido la magia de Sara Sánchez.

En la casa del Itchimbía ha llegado la noche. Las ventanas me devuelven un Quito de resplandores. El Pichincha se ha dormido. Pienso que los seres humanos tenemos fantasías para equilibrar la realidad, pero solo unos pocos iluminados como Sara Sánchez las enlazan para recrear la vida. Siento como que de golpe he debido crecer desde la infancia que viví con Eliana y el Itchimbía y en pocas horas he reasumido mi historia actual con un esfuerzo enorme y vital, como que me hubiera puesto a la altura de los primordiales acontecimientos de la existencia, vividos apresuradamente.

Gracias Sara Sánchez, mi querida amiga Sarita, por haberme permitido compartir contigo este momento. Mi reunión con Eliana, esa niña reencarnada en tu arte y dormida en mi pasado, mi encuentro con el viejo Itchimbía de mi infancia, no ha sido solamente una hermosa experiencia si no un renacimiento, pues he sentido que me envolvía una sensación de antiguo y conocido afecto.

 Encuentro con

Carlos de la Torre Flor

He llamado esta intervención mía un encuentro porque es como un hallazgo, un descubrimiento de la creatividad de Carlos de la Torre a través de un periplo por sus libros. No es un análisis literario que puede hacer el conocedor de la técnica y del oficio. Lo mío es, insisto un viaje, que como todo viaje nos deja el deslumbramiento de lo nuevo y que por algún curioso mecanismo se nos introyecta y así se nos hace propio y nos llega a pertenecer.

“*Del más allá y del más acá*”, novela publicada en 1989, fue para mí el inicio de ese viaje, cuando tuve el grato quehacer de presentarla. Desde luego, primero la exploré y descubrí la creatividad de Carlos de la Torre. Me dejó llena de tanto descubrimiento, que debí decantar la experiencia para transformarla en discurso. Mi nuevo encuentro con Carlos es ahora más íntegro, más cabal pues he debido conocer a sus personajes, que son muchos, me he enredado en sus dinamismos internos, intrincados, complejos como todo lo humano, con algunos he simpatizado enseguida, he logrado manejar una empatía que me ha permitido entenderlos, con otros he debido tomar distancia para más bien mirarlos de lejos; algunos los he sentido ajenos y hasta he entablado discusiones acaloradas con otros. Igual, las peripecias, las circunstancias, el entorno, los caminos, las experiencias, que en los libros de Carlos son múltiples, complejas, profundas o superficiales como es todo lo vital.

Este quehacer literario de Carlos ha estado ahí desde siempre reservado, recóndito, escudriñándolo, según sus palabras, “*desde que era*

monzalbete” 16, 17 años escribía para el periódico colegial y en sabia modestia me dice: “No conservo nada, eran intentos fallidos para adquirir oficio”. Recuerda de sus ensayos por el año 75, uno publicado en la revista “Indoamérica” sobre “El fenómeno estético como reflejo condicionado”, comentado por el inolvidable Agustín Cueva. Otro sobre nacionalismo relevando la propia identidad de un pueblo que, de paso es una especie de leit motiv de su obra: el rescate de identidades individuales y nacionales, es decir la búsqueda y la defensa de ese yo íntimo de cada persona y de cada pueblo, y ahí está otra pasión de Carlos, la lucha contra la alienación que nos transforma en ajenos o en fantasmas.

Para iniciar el encuentro me saluda Alberto Cete y me invita a buscar el camino y así se llama su libro-tratado, “En busca del camino”, editado en México, en 1970, cuyo contenido sigue muy vigente, “mi intención es relieves lo negativo para poder superarlo, nos dice, habla sobre la especie humana que se ha impuesto sobre todas las demás, ha hecho gala sobre todo de astucia, fuerza, alienándose unos con otros y crueldad” y continúa: “y dentro de la misma especie quien más profundo surco ha dejado en el campo de la historia, ha sido quien más implacable y sanguinario se ha manifestado, todas las grandezas y las heroicidades bélicas de que tanto se enorgullecen los pueblos que se han cubierto de gloria y han escrito la historia, debería causarles vergüenza, todos los grandes imperios trasudan sangre por los poros, huelen a despojo, a pillaje, a profanación de los derechos de otros hombres. Nuestra realidad latinoamericana está dibujada, o más bien, retratada de cuerpo entero con toda su alienación y su desesperada y a ratos infructuosa lucha por encontrar el verdadero camino tratando de liberarse del poder del dinero, de las armas. Se yergue como Quijote deshaciendo entuertos” y concluye: “La integración es imprescindible y tendrá que hacerse, de que se haga más tarde o más temprano, dependerá en gran parte la suerte de toda la humanidad, porque la existencia de un gran bloque de pueblos con una cultura humanista que diga no, a la vieja podredumbre de los países poderosos, que abjure de los valores que han llevado a la humanidad de tumbo en tumbo, que dé ejemplo de justicia, de equidad, de convivencia pacífica será un argumento poderoso para la paz del mundo entero...”, nos conmina Alberto Cete, más bien dicho Carlos de la Torre, vestido de Alberto Cete, pues debía

usar su segundo nombre y las siglas de su apellido para disfrutar de su libertad de expresión. Y sigue con su vestido de Alberto Cete hablándonos de la longevidad de media botella de whisky, del amor como una tesis de grado, cuya lectura provocó la muerte violenta de un profesor parsimonioso, para nombrar dos de los once cuentos de un libro publicado por la editorial “Parra” de la Casa de la Cultura Ecuatoriana en 1973. Relatos llenos de angustia, desazón, dudas, cavilaciones, peligrosas tentaciones, desmesuras, sinrazones, vacíos y llenuras, alienaciones y libertades, sus personajes tienen los pies sobre la tierra.

En su novela “*Vivir sin cabras*” 1979, que obtiene una Mención de Honor en el Concurso Nacional de Novela “*Sesquicentenario de la Universidad Central*”, es Carlos de la Torre que asume nuevamente sus amplitudes de escritor comprometido que teje y desteje esa misma misteriosa trama que es la vida, sus personajes no viven en el aire, son hechos de carne y hueso, son médicos, militares guerrilleros, vencedores y vencidos, explotadores y explotados. Nos habla de Obesinia un pueblo mítico, imaginario e idealizado que nos describe así: “*Había una vez un pueblo de gente muy emprendedora práctica y ambiciosa que vivía del pastoreo de cabras, no había grandes desigualdades entre sus miembros, nadie era muy rico y nadie era muy pobre, había lo necesario para todos y nada más, hasta se podría decir que era un pueblo feliz*”. Su nombre era Obesinia, pero un día asomó John el joven, hijo de John el viejo y transformó esa realidad bucólica. Dejemos que el narrador exprese ese hecho único con palabras generales: “*Así fue que al andar de algunos años aquel pueblo de colonos iguales, libres, emprendedores, se transformó en una comunidad de abejas trabajando para los pocos zánganos y reinas. Pero en este singular panal, las reinas no multiplicaban otra cosa que sus propias haciendas y las necesidades y sufrimientos de las obreras*”. Y así la historia de Obesinia se va haciendo capitalista con el valor que John hijo va obteniendo de los excrementos de las cabras; los coprolitos que llegaron a ser el símbolo de la sociedad opulenta. En el Narrador hay ironía y hay rabia.

Desde su libro “*School Views*” 1980, con el que obtiene el Segundo Premio en el Concurso Nacional de Novela: Nuevos Valores, y dedi-

cado a su padre, nos describe la turbulencia de los adolescentes tratando de empatar sus latidos nuevos con los prejuicios ancestrales y ajenos, transformados en cátedra y en cuasi ley divina, de un dios también ajeno desde el “Interamerican School of Quito”. Cito una consideración del autor sobre su libro: “*Quiere también ser una reflexión sobre lo inauténtico, lo inseguro, lo conflictivo de nuestros valores a causa de una falta de conciencia de nuestra realidad mestiza, conciencia que no se ve, precisamente favorecida por una educación extranjerizante*”.

Y seguimos el pacífico camino de Carlos de la Torre y en 1981, dedica sus “*Casi dos historias de amor*” a todos los perseguidos, confinados, desterrados, muertos, a causa de sus ideas en cualquier parte del mundo. A través de las vicisitudes amorosas de Emiliano Zapata e Inés y de Leopoldo y Carmen, hijos de militares, indaga las estructuras internas de las conciencias de aquellos que medran del poder y para quienes las vidas de los demás vale la fugacidad de una coma. Siempre con la misma maestría logran describir los problemas que están dentro del alma y se esparcen sobre el universo que el personaje vive.

En 1982, “*Anocheció en la mitad del día chaupi punllapi yarcu*” y Carlos escribe ¿Novela?, entre interrogantes. En verdad su libro es amplio, fuerte, vital, con historias lejanas en el tiempo y en el espacio, pero muy vigentes. El mismo va en busca de sus genes y se adentra en los antiguos cronistas de Indias, husmea como un sabueso avezado, sus orígenes en dos mundos que se estremecen en sus diferencias, con una vehemente y turbulenta mezcla de ideas y de sangres: Atabalipa-Francisco Pizarro como los paradigmas de ese desencuentro. Y nos dice Carlos de la Torre: “*Don Francisco, abuelo, tatarabuelo, plus ultra abuelo te he tomado como personaje de este libro, vaya uno a saber si es que es novela, por ese mismo sentido de rheotropismo negativo, de ‘no hacer lo que conviene’ de atentar contra las buenas costumbres y el buen gusto, de agregarme escollos en la vía. Y porque solo puedo escribir lo que me importa, lo que me duele y lo que me place*”.

Y ahí encogida en un rincón, con un remoto rumor de realidad, con sus angustias, sus nostalgias, sus tristezas más hondas, sus resentimientos más humanos pero también el calor vivificante del dios Inti,

está *“Juntsiñahui cara pequeña, hija del curandero, que acuna al hijo mestizo, al guaguitico, mamitico, longuitico mío”*.

Y Cajamarca develándose en su cruda y fatídica realidad, el mundo español conquistador medrando de la nobleza de los Shiris, de los Quitus, de los Caras y con su alevosía e indignidad, logran que el dios Inti haga su ocaso en la mitad del día y así *“fuiste vencedor Sebastián de Benalcázar, sin haber ganado una batalla”*.

En cambio, Carlos de la Torre Flor con su genealogía recuperada, gana con este libro-novela-denuncia, en 1983, el Premio “José Mejía Lequerica” del Ilustre Municipio de Quito.

En 1989, Carlos de la Torre, sigue en su incansable trajinar de creador comprometido y apasionado con *“Del más allá y del más acá”*, libro que será nuevamente mi puerta de entrada a su obra....., delineando una realidad desde su yo en esta actividad que le es tan entrañable: de crear y recrear mundos internos, externos en función de los dramas personales y sus personajes son seres disgregados, escindidos entre lo real y la ficción, ahondando en los tenebrosos abismos del yo, ese inconsciente humano tan íntimamente nuestro, como nuestros sueños y nuestros fantasmas oníricos.

Y Carlos de la Torre nuevamente inmerso en esa su actividad tan entrañable, de pulsar el pasado, verificarlo, diseccionarlo, ir a las entrañas para encontrar los latidos íntimos, nos presenta un nuevo libro, que publica la Casa de la Cultura en 1992 *“Voces en torno al abuelo”*, que dedica a todos sus muertos queridos, a ese pasado, Carlos lo transforma en un campo polifónico donde resuenan cantidad de voces, como en un coro, voces que provienen de Uyumbicho, de Cayambe, de Quito. El abuelo lleva el ritmo del patriarca, es el corifeo al que las otras voces se acoplan, llenas de espacio y de tiempo pero también sin espacio y sin tiempo, una de esas voces nos dice: *“Soy pues un atesorador de recuerdos y como todo buen coleccionista, no me contento con arrumarlos sin orden. Los escudriño a lado y lado, los volteo de revés para verles las costuras, anoto sus particularidades, les ensayo conceptos y nombres para identificarlos mejor, les intento explicaciones, los relaciono para formar significados nuevos. Cuando me he cansado de jugar con ellos los coloco*

en sus respectiva casilla y me olvido... por un tiempo, pero ellos no se olvidan de mí. Allí escondidos al socaire del frío y la penumbra, van creciendo hasta convertirse en fantasmas, que se escapan de su encierro para asaltarme en mis insomnios”.

Y es la voz de Carlos de la Torre Flor, de su abuelo, de su tío abuelo, del padre de su abuelo, del padre del padre y así los personajes, el personaje salen del propio corazón del creador y se eleva al nivel de las ideas.

Y mi encuentro con Carlos necesita salir del mundo de sus libros poblados de esperanzas, temores, angustias, convicciones, pasiones, siempre pasiones y voy a la indagación del ser humano, y Carlos me dice que todos sus libros son sus preferidos, como sus hijos, que su nutrimento está en el amor de los suyos, en la tranquilidad hogareña, en la intuición de su esposa, en sus perennes incursiones por Kant, Hegel, Ortega, Nietzsche, Heidegger, Camus, Sastre y los nuestros, “absolutamente todos o casi todos los autores ecuatorianos que hacen narrativa. Soy de los pocos que leen a los colegas que escriben”, dice Carlos, y habla también de un nuevo libro aun sin bautizo, que está ahí entre sus manos, disponiendo de los gestos, las palpitaciones, las entonaciones, los miedos y los silencios, la realidad de la ficción enmarañada y contradictoria ninva de ese misterio que invariablemente tienen los actos de los seres vivientes, que son los personajes de Carlos de la Torre, el escritor, el médico, el hombre, el creador.

Encuentro con

*Quinara, príncipe
de los Sarahumas*

Oswaldo Redrován, con su creatividad, con su talento para convertir las ideas en palabras, las pasiones en realidades, es el autor e intérprete de una historia reiterativa de rebeldías y humillaciones, de triunfos y derrotas, de ambiciones y de altruismo, de valentías y de miserias, de luminosidades y de sombras. En estas sempiternas dualidades humanas se fundamenta la novela histórica de la que emerge Quinara, el príncipe de los Sarahumas, cuyo camino vital está lleno de zozobras y peligros, en el que “el hombre blanco”, invasor y asaltante irrumpe obnubilado por los resplandores del dios oro con su codicia y ambición. Quinara es un ser humano apasionado y rebelde y también tierno y cálido, que encuentra un remanso diáfano y resplandeciente en el amor de Malva. “*Quinara era posesivo y delicado a la vez, sentimental y agresivo, tierno e intemperante*”.

Y seguimos conociendo a Quinara en cada página escrita con el compromiso de la pertenencia, y nos identificamos con su necesidad vital de ser libre, de defender su tierra, su Cerro Rico, su valle de Curipamba, su Río del Sol, su Bosque Petrificado, testigo milenario del paso del dios sol, el Inti, de la diosa naturaleza, artífices de esculturas de hermosura maldita. Quinara tratando de luchar contra el impulso desahogado de los blancos y barbados invasores, por apoderarse del brillo descollante del oro presentado en las gotas de agua de su río Puyango. Quinara emergiendo desde su propia significación para hacer de la libertad un valor esencial.

Continuamos por los caminos de la historia a través de los siglos de los páginas apasionadamente escritas por Oswaldo Redrován y nos

encontramos con el Siglo XX, pero el desafuero es el mismo en el Cerro Rico de las Minas de San Antonio de Zaruma y Quinara, el príncipe, está ahí en el silencio dorado y profundo de la madre tierra, el oro callado con un sigilo rebelde, escondiendo su brillo de la nueva codicia de un Mister Davinson, gerente de la South American Development Company y un joven de apariencia débil, Juan Aguilar, confortado con el amor de María del Cisne, envolviéndose en las claridades y tinieblas de los nuevos invasores “los gringos” que irrumpen con las sonoridades de su idioma, la blancura de su piel y el gran poder de sus dólares, en las intimidaciones y en los latidos vitales de los continuadores de la estirpe de Quinara.

En la descripción desoladora de las minas auríferas de Portovello, hay como un desencadenamiento lujuriente de codicia y de maldad. El ser humano entrampado en una servidumbre impuesta por otro ser humano. Nada se esclarece en nobleza, en amor, en esperanza. Sigue la orgía del oro resplandeciente en la Cantabria “*el metal brillante que los ibéricos, ambiciosos y arrogantes lo sacrificaron todo, hasta su propia vida con tal de obtenerlo*”, y ahora la explotación y ha cambiado de apariencia, de nacionalidad, pero la apetencia late con la misma fuerza, entrampada en la misma esencia, y Quinara transportando su rebeldía y eternizándola en Juan Aguilar y su sacrificio y la ruindad del capitán Ruiz, eternizándose en Mister Krasel, en Mister Davison. En esa hecatombe perversa aun la grandeza de Dios es utilizada con malignidad por “*el cura Guillermo*” y por los protervos fines de las “*Transnacionales*”. Felizmente Quinara y Juan Aguilar cogidos de las manos siguen el camino azaroso hacia la cumbre iluminada y logran una reivindicación trascendente, pues la lucha continúa y vence la vida.

Oswaldo Redrován con su obra “Quinara” nos da un aliento de esperanza en las posibilidades de un renacimiento vital de nuestra condición humana.